This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

HARVARD COLLEGE LIBRARY

in honor of

ARCHIBALD CARY COOLIDGE

1866 – 1928

Professor of History

Lifelong Benefactor and

First Director of This Library

SA 9795.5

Harvard College Library

GIFT OF

Archibald Cary Coolidge, Ph.D.
(Class of 1887)

PROFESSOR OF HISTORY

From the Collection of

Manuel Segundo Sánchez

of Caracas, Venezuela

RIONEGRO

POR

B. TAVERA-ACOSTA

Ciudad-Bolívar. (Venezuela)
TIP. Y ENCUAD. DE BENITO JIMENO CASTRO
1906

A mi ilustrado amigo y compañero
doctor Gabriel E. Muñoz,
Recuerdo afectuoso de su invariable
El autor. —

Cd. Bolívar: 1906.

RIONEGRO

POR

B. TAVERA-ACOSTA

Ciudad-Bolívar. (Venezuela)
TIP. Y ENCUAD. DE BENITO JIMENO CASTRO
1906

SA 9795.5

~~SA 9795.5~~

Harvard College Library
APR 5 1915
Gift of
Prof. A. C. Coolidge

EL MITO

DE LA

Antropofagia americana

Francisco Michelena y Rojas, el célebre explorador venezolano, por no decir sur americano, viajó por las cinco partes del mundo, inclusive las regiones del Amazonas y sus afluentes septentrionales. Estuvo cuatro veces en el Territorio que se llamó Cantón Ríonegro y Provincia de Amazonas; la primera vez como Visitador Oficial y las otras tres como Gobernador. En su última estada murió á consecuencias de la caída de un árbol, que le hirió, ya llegando á Pimichín, de donde fué trasladado á Yabita, en las cabeceras del Atabapo.

Un cuarto de siglo más tarde, pasando por la misma montaña ó istmo de Tuamini el que estas líneas escribe, hizo levantar allí, cerca del embarcadero, una cruz, para señalar el lugar donde cayó aquel abnegado explorador, que falleció pocas horas después de su herida, á la 1 a. m. del 27 de setiembre de 1876.

Esa cruz está situada á la derecha de la vera del camino de Yabita á Pimichín, á menos de un kilómetro de este puerto y no debe confundirse con la cruz plantada en la mitad del trayecto, como á 9 kilómetros de Yabita.

Aquel ilustre viajero publicó en 1867 su monumental obra *Exploración Oficial* (única edición) en la cual, aunque se notan algunas inexactitudes sobre todo de distancias, rectifica muchos de los errores traídos por Humboldt en su *Viaje á las regiones equinocciales del nuevo continente.*

Y, como se sabe, justo es decirlo, Humboldt es la fuente más fecunda en que han tomado y toman con relación á Venezuela, escritores nacionales y extranjeros, la mayor suma de datos históricos, antropológicos, astronómicos, geográficos, geológicos, etnológicos, lingüísticos, botánicos, etc., sin tener en cuenta que hace ya más de medio siglo muchos de sus errores corren debidamente rectificados en libros, folletos y periódicos (Andrés Eusebio Level, Michelena, Marcano, etc.)

Algunos de esos errores son puntos que trato en mi libro *Ríonegro:* y precisamente uno de ellos, la antropofagia de algunas tribus de aquellas localidades; pero como

quiera que por varias poderosas razones no puedo hoy dar á la luz la obra completa, (ilustrada con grabados de vistas fotográficas tomada por el autor) me adelanto á publicar estas páginas, ya reavivida en nuestros días la fábula del canibalismo de los indios americanos.

Desvanecer, destruir la aberración secular de la antropofagia de los habitantes del nuevo mundo encontrados por los españoles, es una tarea, es un deber, que se imponen á todos los que hemos residido entre indios puros y conocido y estudiado sus costumbres; y eso, no sólo en obsequio de la justicia histórica, sinó también para contribuir cada quien de algún modo, en la esfera de sus facultades, al esclarecimiento de cuestiones de sociología americana y etnología indígena, debatidas hace tantos años.

Tocóle á Michelena y Rojas iniciar el proceso en sur América, si mal no recuerdo, y para 1856 escribió: "En cuanto á mí, así como he visitado una gran parte de los centros de civilización de todo el mundo, igualmente he recorrido los de ignorancia, barbarie ó infancia del hombre en su primitivo estado. He indagado lo que hay de verdad ó de exageración en la

acusación que se hace al hombre de las selvas, de ser caníbal en ciertas circunstancias; ha sido precisamente una de mis preferentes cuestiones á resolver, por la íntima relación que tiene con todas las del orden moral, cuyos resultados, sino del todo, por todas partes han sido satisfactorios. En América, tanto en el Norte como en el Sur, han sido siempre prácticas desconocidas, por más que se haya querido juzgar mal á estos últimos." (Pág. 401, *Exploración Oficial.*)

Otros también han sido de la misma opinión, como Juan Ignacio de Armas, quien en sus *Estudios americanistas*, afirma que para la llegada de Colombo no había antropofagia; y Prescott, W. Irwing, Girgois, Acosta y Calvo, etc., impugnadores todos de la decantada especie, hasta Sthal, quien sostiene que la antropofagia de los americanos es un error histórico y científico. (*)

De mí sé decir que en los numerosos viajes y excursiones que he hecho desde 1885 á 1905, por las regiones de Guayana,

(*) Y asímismo otras notables autoridades, como Robertson, Raynal, Labat, Cochín, etc., han dudado de la existencia de tal perversión entre los aborígenes del nuevo Continente.—NOTA DEL AUTOR.

desde el Delta del Orinoco hasta los más ignotos confines de Venezuela con Colombia y el Brasil, (inclusive la zona del Yuruari) nunca he hallado entre más de veinte tribus de diferentes dialectos que he conocido, unas incultas y otras reducidas, ni siquiera un remotísimo indicio de la antropofagia de que han hablado tantos autores sin prueba evidente de ninguna clase.

Baste decir, que en Ríonegro por la parte del Sur fuí hasta el Cucúi (en la República del Brasil) pasando por todas las poblaciones indias. Humboldt y Codazzi sólo llegaron hasta Sancarlos, el primero; el otro no pasó de la confluencia del Casiquiare con el Ríonegro. Y á partir de la desembocadura del Apure en el Orinoco, el itinerario de mi primer viaje fué el mismo verificado por Humboldt, un siglo antes.

Y no se nos venga con la socorrida frase de los afirmadores del canibalismo, de que los años transcurridos han podido modificar sus costumbres á ese respecto, porque aún tenemos algunas tribus, autóctonas, con los mismos hábitos morales y materiales que ahora dos ó tres siglos atrás, v. gr.: los Guaipís ó Puinabes de

los caños Uiña y Chucuto del alto Inírida, en territorio Colombiano, que son los mismos Caberres ó Uaipunabis; y así mismo los del alto Uainía, ó Banibas, llamados también Marepisanos; y los Uapés y *Gerales*, que son los mismos Manitibitanos del Ríonegro; y los Uaribas ó Uaharibos, habitadores de la zona de las fuentes del Orinoco, calificados todos de caníbales por puro prejuicio ó ignorancia de sus condiciones étnicas.

Y es de advertir aquí lo del historiador árabe Abeljaldum, que cita Altamira en sus *Cuestiones modernas de historia*, que "si no se juzga de *lo lejano* por lo que tenemos *ante nuestros ojos*, si no se compara *el pasado* con *el presente*, no podrá evitarse caer en errores y apartarse de la senda de la verdad" y que "los testimonios deben contrastarse con otros relatos análogos, *ó hacerlos pasar por la prueba de las reglas que suministran la filosofía y el conocimiento de la naturaleza de los seres.*

Demás está decir que en mis viajes no he sido sinó un simple observador, pero sin prejuicio alguno, y que por muy admirador que haya sido de las ciencias, como soy, no tengo la presunción de creerme un hombre de Ciencia.

Y á propósito.

Hablando de la única expedición científica que envió España á estas regiones, digo en la pág. 146, volumen I de mis *Anales de Guayana:*

Desde el Orinoco hasta el Ríonegro y sus respectivos afluentes, los expedicionarios habían tratado con más de 60 tribus de diferentes dialectos (algunas con varios nombres) y, dato que no nos sorprende, en las concienzudas relaciones de Solano y en las de sus oficiales, que hemos leído, no hemos encontrado la supuesta antropofagia de que varios viajeros-relámpagos han hablado por simples referencias, al mencionar algunas tribus.

Y más adelante, pág. 317: Por no haberse publicado todavía la relación del viaje de Solano, á que hace referencia Don Cesáreo Fernández Duro, en sus *Notas* á la última edición (1885) de la *Historia de la Conquista de Venezuela*, por Oviedo y Baños, en las pág. 386 y siguientes del tomo II, no tenemos más pormenores de este asunto; pero en nuestro libro *Ríonegro*, tratamos extensamente sobre la decantada antropofagia de los indios del nuevo mundo y especialmente acerca del supuesto canibalismo de las tribus de Venezuela."

El sambenito del canibalismo con que se afrentó á algunas tribus de la raza aborigen, proviene de la mayor ó menor resistencia que estas opusieron á los desafueros de los conquistadores, por una parte; y por la otra á que aquellos aventureros que atravesaron el Atlántico sedientos de riquezas, de pillaje y de botín, no conocían al simio *arauato*, y al encontrar que los indígenas tenían provisiones de carne de estos animales tan semejantes físicamente al hombre, creyeron que eran seres humanos los que les servían de alimento. Todo esto, aparte la astucia de los naturales, quienes engañaban después á los blancos, dándoles á entender que ciertas tribus comían carne humana, con el propósito de alejarlos de sus comarcas, donde las perversas pasiones de aquellos europeos tan adversas les eran .....

Lo que sí cabe afirmar en conciencia es que algunas de aquellas tribus eran crueles y feroces, debido á su miserable condición social, ó las hicieron feroces y sanguinarias los crímenes horrorosos cometidos contra ellas por los que vinieron trayendo en una mano la tea del incendio y en la otra la cruz de los católicos convertida en símbolo de matanza y exterminio.

Pero qué mucho que se calificara de caníbales á los indios, cuando aquellos primeros ignorantísimos conquistadores creían también que no eran seres humanos y que debían ser tratados como á fieras?

Y bien sabido es que semejante barbaridad europea ocasionó la necesidad de que todo un Papa (Paulo III) declarase en bula de 2 de junio de 1537 que los indios eran hombres y que tenían alma racional como cualquier cristiano, á fin de contener un tanto los excesos, los crímenes y el anhelo de destrucción que animó á los aventureros de la Conquista, que ya habían logrado que se decretase la esclavitud de los indios que resistiesen á sus deseos, y por ser sodomíticos, idólatras y antropófagos!! [*]

(*) Generalmente los indios eran de eminente condición moral, y no conocían «el vicio nefando» introducido, por lo menos á Venezuela, por los conquistadores. En cuanto á que eran idólatras, no lo eran más que los católicos de la Conquista, y por lo que respecta á la antropofagia, ésta fué un mito, que tomó cuerpo en la imaginación de los marinos de Colombo.—NOTA DEL AUTOR.

De todos estos asuntos espeluznantes trato prolijamente en mi trabajo *Capitanes y Caciques de Venezuela.*

Conocidas, pues, como son ya las causas que motivaron el mito de la antropofagia de las tribus americanas, repetido á menudo por todos los escritores y cronistas de los siglos XVI y XVII, por algunos de los del XVIII y por unos pocos de los del XIX, se desprenden, entre otras, varias conclusiones acerca de quienes, rezagados, en el siglo XX, sostienen aún aquella aberración:

1a. La falta de residencia entre las tribus puras ó autóctonas;

2a. La imposición del prejuicio ó del *magíster díxit;*

3a. El olvido de las reglas filosóficas y del conocimiento de la naturaleza de los seres, según el árabe historiador;

4a. La ignorancia de mayor número de autores que ilustren la cuestión;

5a. La falta de investigaciones prácticas y

6a. La obsesión que producen en el mundo intelectual las pasiones no sofrenadas por estudios morales.

***

Concluyo.

Las páginas que constituyen este volumen son los Capítulos II, VI y VII de mi libro inédito RIONEGRO, que no tiene más mérito que el de ser hijo de una sincera convicción.

TAVERA-ACOSTA.

Ciudad-Bolívar [Venezuela]: 1906.

RIONEGRO

CAPITULO I

Aspecto físico del país—Condiciones climatéricas—Límites generales—Patología—Geofagia.

.....

.....

CAPITULO II

Tribus existentes—Tribus desaparecidas — Rectificaciones—Los cuibas — Observaciones—Esclavitud y asesinatos de indios — Juicios—Nomenclatura de las tribus.

Las tribus que pueblan en parte este extenso territorio de cerca de 267.000 kilómetros cuadrados, son casi todas reducidas. Véanse ligeramente mencionadas á continuación:

la baniba, que puebla el Uainía—Río-negro y el Atabapo, la más distinguida y gentil y en la que se consiguen muy buenos marineros, agricultores, constructores de casas y notables fabricantes de chinchorros.

Pensamos que esta tribu por su inteligencia, finura y hábitos sedentarios, pue-

dé provenir de alguna rama de los antiguos quíchuas. Tienen muchas analogías físicas y morales.

D' Orbigny dice de los quíchuas: "la cabeza es oblonga de la frente al occipital; la nariz en lugar de ser achatada es siempre larga y algo aguileña; los ojos son de de un tamaño regular, siempre horizontales, sin oblicuidad alguna; el perfil forma un ángulo obtuso casi igual al de los europeos, sin mayor diferencia que los maxilares algo más salientes. La fisonomía es siempre seria, algo melancólica, nunca indolente, expresa una gran penetración, una intensión íntima de ocultar el pensamiento bajo la uniformidad, siempre la misma, de los ademanes, sin nunca dejar manifestarse ninguna de las emociones, como lo hacen con tanta facilidad las demás razas. El color no es ni rojo ni cobrizo, sinó bronceado. El pie es siempre chico y algo elevado del tobillo."

Esos caracteres físicos de los quíchuas corresponden muchísimo á los de los banibas ó antiguos marepizanos; y hasta en el fonetismo de su lenguaje se asemejan: éstos, como aquéllos, confunden en la pronunciación el sonido de la é con el de la í y el de la ó con el de la ú; y así dicen los

quíchuas *orko* ó *urku* [cachorro] y *yure* ó *yuri* [nació] etc. [*] y los banibas: *máuare* ó *máuari* [que causa daño] y *morojoi* ó *murujui* [yuca podrida] etc.

La uajiba, que habita el río Vichada, sus caños y sabanas adyacentes, indios, que aunque *mañoqueros*, son levantiscos y de malas pulgas; son los más numerosos y tienen comunicaciones por tierra á manera de los chásquis de los antiguos pírhuas; muchas familias de estas tribus [ptamos, chiricoas, etc.] andan errantes por la zona de sabanas que existe entre el Meta y el *Vichara*, como lo pronuncian éllos.

La baria, que vive en los ríos Casiquiare, Baria y Rionegro, son buenos marineros, altaneros y trabajadores, gustándoles vestir bien como los banibas y, como éstos, descienden de los del Ríonegro; se les llama generalmente barés;

la yabitera, habitadora del pueblo de Yabita, emprendedores y excelentes marineros;

la maquiritare, que habita el Alto Orinoco y sus afluentes Cunucunuma, Padamo y Ocamo, indios laboriosos y buenos gomeros;

---

[*] Yuri, es también el nombre de un raudal del alto Uainía.—Nota del Autor.

la maco, pobladora del Ventuari, muy industriosa y unida á los maquiritares;

la curasicana, en el caño Manapiare, que es afluente del Ventuari;

la yabarana, que, como los macos, vive en ese mismo río y en sus caños.

Estas cuatro tribus, así como las del Caura, Caroni, Paráua, etc., descienden del grupo étnico pariano ó caribe.

La piaroa, agricultora y de carácter tímido que habita en el Sipapo, Cataniapo y Matauenni y á quienes infunde pavor la enfermedad catarral; es la tribu más honrada en sus transacciones comerciales;

la puinabe, ó sean los antiguos uaipunabes ó caberres de los frailes, malos y refractarios á la civilización; vegetan en el río Inírida y sus caños, cometiendo, á veces, asesinatos en represalias de los réprobos procederes que con éllos observan ó han observado algunos de otras razas;

la carúsana, la curicarro ó curicurriberrenais [macuenni?] la uariperidáquena y la azaneni ó azauenni, hijos de los antiguos marepizanes, pueblan el alto Uainía y los ríos Izana y Cuyare y sus afluentes; son especialmente elaboradores de mañoco ó harina de casabe, y cortadores de chiquichique, *marama*, en su dialecto;

la uarequena, habitadora de los pueblos de Guzmán Blanco y Baltazar, hijos, como los yabiteros y carúsanas, de la gran familia marepizana ó marabitana, son industriosos é inteligentes;

los piapocos y sálibas, descendientes de los antiguos achauas ó airicos, en los ríos Uaviare, Muco, Uba, etc., agricultores y de costumbres suaves;

la uahariba, indios salvajes que viven en las cabeceras del Orinoco y quienes haciendo irrupción atacan á los maquiritares; á éllos se les achacó la fábula de los *indios blancos*, á mediados del siglo XVIII;

los uaicas, que viven también en esa zona y en las cabeceras del Río Blanco;

la pasimonabis, que habita en el Casiquiare y en el Pasimoni;

la mandauaca, de las riberas del Mauaca, antigua habitadora de los extinguidos pueblos de Quirabuena y de Ponciano, en el Casiquiare, son agricultores y vienen de los del Ríonegro.

Las tribus misataris, ainaoñas y coriubanas en el Siapa y los uarifanas y curiaranas en el Mauaca, que creemos sean unas mismas, apenas si existen en el Territorio Amazonas, y asimismo:

los siáperos, en el río Castaño, los

macuchíes, en las cabeceras del Orinoco y otros ríos de la Guayana venezolana, y los cubebas y tucanos en los ríos Uaupés y Uasiyé.

De estas tribus, la sáliba, piapoco, uarequena, maco, piaroa, mandauaca, curasicana, pasimonabis y otras, disminuyen cada día más, ó alejándose del territorio venezolano ó tendiendo á su completa desaparición.

Debido á Humboldt, algunos autores (Codazzi, Arístides Rojas, etc.) han afirmado que los maipures y los atures han desaparecido, y es un error: son los mismos piaroas de hoy, que, como antes, entierran á sus deudos en las grutas ú oquedades de las piedras y rocas, que se hallan en sus localidades.

Antiguamente estaba habitada la extensa región limitada por el Orinoco, el Uaviare y el Meta, según algunos autores, por airicos, chucunas y amarúas en los ríos Manacacía y Vichada; por acháuas, amarizanas y enáuas en el río Uba; por choroyes en el Uaviare y por cabres ó puinabes en los caños Zama y Matabén (Matauenni); mas, según se ve, ya no se encuentran en esos ríos familias de las mencionadas tribus, ó acaso sean las mismas con otros

nombres. Hoy sólo existen allí uajibos, achauas, sálibas, piapocos y piaroas.

Y es pertinente aquí llamar la atención sobre los indios cuibas (ptamos ó uajibos de las sabanas) de Colombia, quienes bajando el Meta en la estación de la sequía, llegan al Orinoco y en él establecen su cuartel general hasta el raudal de Borjas y aún más arriba. Su propósito ostensible es la pesca de tortuga, etc.; pero esas irrupciones sólo tienden á pedir á los que por allí trafican, dándose el caso á veces de verse atacados los desprevenidos y aún muertos algunos viandantes. Por supuesto, que la conducta de los cuibas obedece á la escasez de sus recursos por una parte y por la otra al deseo de vengarse de tantos crímenes que contra éllos se han cometido y cometen aún algunos desalmados que navegan por el Meta, etc. cazándoles como si fueran tigres ó panteras.

Y el mal viene de muy lejos, como que data del año de 1606, cuando entraron á esas regiones los conquistadores, después de Spira y de Hutten. Véase lo que refiere el Rdo. Padre español Juan Rivero en el Cap. VIII, Libro I de su *Historia de las misiones del Casanare, Meta y Orinoco:*

"Todavía están vivas las memorias, aún

en lo más retirado del Airico, de las tiranías y opresiones que ejecutaron con los indios estos establecedores de la paz, no obstante haber pasado más de ciento veinte años. (Rivero escribía en 1729.) En sus fantasías creen oir los estallidos de la pólvora y el estruendo militar, y ver las argollas y dogales, pues todo esto se imprimió de tal manera en su cortedad y pequeñez de ánimo, que aún en los arcabucos y malezas les parece no estar seguros de los antiguos invasores; los troncos se les figuran soldados, las ramas arcabuces y lanzas, y el ruido de los árboles al soplo de los vientos les parece el de un ejército que se acerca. Tal fué el terror de estos pobres bárbaros producido por la tiranía de los conquistadores.

"Hacia el año 1606 el capitán Alonso Jiménez entró por el río Meta con toda su infantería. Los achaguas salieron de paz á recibirlo. Más de cuatro mil indios con sus caciques y capitanes se presentaron con aquel agrado y afabilidad natural en esa nación. Reconoció el capitán Jiménez las ventajas de los indios, por su número y sus armas, contra los cuales no podían prevalecer sus soldados y arcabuces. Trató entonces de ocultar el veneno que traía en su corazón, para vomitarle más

tarde, y fingió con cautelosa alevosía que aceptaba su amistad.

"Propúsoles que levantasen una iglesia grande y capaz en la cual cupiesen todos, para que aprendiesen la doctrina; traza verdaderamente diabólica, indigna del nombre de cristiano. Los inocentes indios, que con sencillez de palomas no penetraban entonces aquel corazón de tigre y carnicero lobo vestido de piel de oveja, obedecieron puntuales con docilidad de niños. Era grande el regocijo alborozado con que se pusieron todos á traer en hombros los materiales necesarios para levantar la iglesia. Concluída la obra, mandó este misionero de la maldad que vinieran á rezar todos los días sin que quedase ninguno en el pueblo; así lo ejecutaron puntuales todos, entrando á la iglesia en donde se les enseñaba la doctrina.

"Un día que estaban rezando adentro los achaguas y cantando las oraciones que no entendían y con las cuales alababan á Dios á su modo, bien ajenos de lo que les había de suceder, mandó el capitán Jiménez cercar las puertas y quitándose la máscara que hasta entonces había ocultado su dañada intención, y vomitando la ponzoña que tantos días había guardado en su

alevoso pecho, con barbaridad diabólica dispuso que atacaran sus soldados de improviso á los inocentes indios. Allí los gritos de los niños, los alaridos de las madres, la justa indignación de los desarmados indios, el ruido de los arcabuces, el horror de las argollas y colleras y el insolente orgullo de los soldados, formaban una confusa Babilonia, y convirtió la casa de Dios en habitación de demonios, cueva de ladrones y casa de contratación. Sin que fueran poderosas las lágrimas para ablandar aquel corazón de hierro, mandó aprisionarlos á todos poniéndoles argollas y colleras sin perdonar aún á las afligidas madres con sus tiernos hijuelos en los brazos, sacóles violentamente de la iglesia y embarcando cuantos pudo en las piraguas traídas para este fín, perecieron todos. (*)

"¿Qué concepto harían de la religión católica, cuál de la doctrina y del bautismo? Ya no me admiro á la verdad de la resistencia que hacen y del horror que muestran para reducirse al cristianismo—[catolicismo romano] porque como al fin son racionales y saben discurrir á su modo,

(*) Esto se parece á lo hecho por Diego de Ordaz en el pueblo de Caruao en el Orinoco el año de 1532.—NOTA DEL AUTOR.

sospechan, no sin fundamento, que las instancias que se les hacen para que se reduzcan á pueblos y vivan entre cristianos, entrañan alguna solapada traición y nacen no del deseo de su bien sino de la codicia y engaño.

"Quedó tan horrorizada esta nación con el crimen referido, que ya no podía mirar á los españoles como á hombres sino como á monstruos del abismo nacidos para el mal y para destrucción del mundo. La noticia de esa crueldad voló y se extendió á lo más remoto; asi fué que cuando el capitán Lázaro de la Cruz, grande imitador de Jiménez en sus tiranías y crueldades, entró con sus soldados á la otra banda del Meta en solicitud de los achaguas (*) éstos le envenaron los caminos para impedirle el paso.

Sinembargo, siguió "con su infantería á la otra banda, ciego por la codicia. A pocos lances y jornadas dió con gran tropa de la nación achagua y como si fueran negros de la Guinea, cerró contra éllos y los cautivó á todos.

(*) Los misioneros de los primeros años del Siglo XVIII, entendían por achauas, á todos los pobladores del Meta, Vichada, Uba, Uaviare, etc. Asimismo los denominaban airícos.—NOTA DEL AUTOR.

"Ya se deja comprender la rabia y despecho de los miserables indios viéndose tan perseguidos de los blancos, avasallados en sus propias tierras, privados de su libertad, sin más motivo para ello que la poca riqueza en que los crió Dios. Con esta presa tan cuantiosa se volvió el capitán con sus soldados. Como toros punzados en el cozo y como perros rabiosos, cojieron al punto las espadas y arremetieron con furor diabólico á todos, matando y destrozando cuantos habían á las manos, sin perdonar á nadie.

"No fué inferior el caso que sucedió después. Había sacado un capitán una gran partida de indios y venía ya con ellos cerca del río Pauto [afluente del Meta] y como los indios fatigados querían parar á sus orillas para beber y descansar, dijeron en su lengua *mata*, *mata*, que quiere decir en nuestro idioma aguarda, aguarda. Oyendo esto los *conquistadores de indefensos*, pensaron que la palabra *mata* era exortación para matar y sin aguardar razones ni averiguar lo que significaba la palabra, dieron con crueldad sobre ellos, y los mataron á todos."

Hasta el año de 1661 aún se veían esparcidos los huesos de aquellos infelices,

víctimas de la ferocidad de aquellos *conquistadores de indefensos*, como los apellidó el Reverendo Padre.

Y tras de aquellos horrores, el suplicio de la horca, aplicado á veinte indios, porque no obedecieron en el río Duya, con la rapidez que quería su encomendero. Y los innumerables "estacados" en las márgenes del Orinoco, por el Gobernador Viedma.....

"Sería nunca acabar —continúa el P. Rivero— si hubiera de contar por menudo todas las extorsiones y molestias padecidas por estos miserables indios, no entre los alarbes africanos, ni entre los alfanges de la Turquía, sino entre católicos, nacidos y criados entre los brazos de la Iglesia Romana."

Y asi han venido las cosas, sucediéndose en hechos de inaudita crueldad contra los indios pobladores de todas estas regiones.

Dice Modesto Garcés en la página 36 de *Un viaje á Venezuela*, obra publicada en 1890: "Los cuibas son feroces"—no es exacto, decimos nosotros— "viven completamente aislados y sin relaciones con gente civilizada. En ocasiones invaden otros territorios y aún han atacado las em-

barcaciones en el Meta y en el Orinoco"; y "porque á veces roban ganado ó buscan, usando de represalias, algún botín seguro, se les hostiliza á balazos y con éllos se han hecho carnicerías espantosas. Esos infelices, así abandonados y perseguidos, son una afrenta para todos los colombianos." [Pág. 26.]

Jorge Brissón en la pág. 107 de su libro *Casanare*, escribe: "Nos cuentan que algunos propietarios que tenían varias quejas contra los indios que inocentemente les roban ganado,—éllos no tienen idea de lo que es la propiedad,—hicieron que se convidara á una especie de banquete á los principales Jefes de éllos y en el momento en que estaban bebiendo y comiendo con confianza, los hicieron fusilar villanamente. Asesinaron en esta horrorosa emboscada unos 22 de los más conspícuos indios conocidos y queridos en Arauca, á donde venían de visita varias veces al año."

Brissón escribió su obra en 1894 y publicó la relación de su viaje en 1896.

"En vez de tenderles mano caritativa y de tratar de atraerlos á la civilización, los racionales los persiguen como si fueran bestias feroces y los matan como tales. Muchos de aquellos que tal hacen, ó que

toleran que en su nombre se cometan esos crímenes, figuran en nuestras ciudades como piadosos cristianos y son llamados obreros de la civilización."—*De Bogotá al Atlántico*, por S. Pérez Triana, página 94.—1897.

Y, últimamente, cuando navegábamos por el río Meta en 1904, nos informaron en el pueblo de Orocué que, ya al finalizar la revolución que en 1902 ensangrentó á Colombia, un oficial del Gobierno, de apellido Barreto, consumó uno de esos hechos salvajes asesinando á muchos infelices en las márgenes de uno de sus afluentes, lo que ocasionó la amenaza de los indios—aún pendiente—de incendiar aquel pueblo.

También nos hablaron en aquella población de pueblos quemados por los aborígenes en represalia de la conducta observada con éllos por algunos frailes.

¿Qué mucho, pues, que huyan á la crueldad de los llamados *racionales* y vivan aún en deplorable estado de atrazo, como hemos tenido ocasión de verlos?

Cuando la célebre expedición de Solano estuvo en el Orinoco, etc., [1756--61] encontraron sus jefes y oficiales las siguientes familias indias: uaraunos, caribes, othomacos, uamos, maipures, mapoyes,

piaroas, uaipunabis, macapures, yahures, yaruros, macos, maquiritares, daribazanas, uruanabis, uaribas, berapaquinabis, parenes, docunabis, macirinabis, maroas, manetibitanas, uainoas, amoisanas, pasimonabis, maldahuacas, umerebitanas, patzirinabis, pezinabis, arucas, desimanamas, banibas, uaupés, carinacos, cerrecunas, yabaranas, parecas, arebirianas, dabinabis, guyperneyes, sirupas, uajibos, manasas, sálibas, achauas, uaracutanas, aquinabis, adibibianas, catarapenas, uaimoitanas, marepizanas, marebigenas, daribitanas, naquenas, parayenes, piapocos, uatapayanes, chucunas, amorúas y otras.

Sinembargo, debemos hacer presente que en esta nomenclatura hay tribus con dos ó más nombres, v. gr.: los maroas, uainoas, marebizanas, aquinabis y banibas, que son los mismos ó pertecen á la gran familia del Rionegro, etc.

El Rvdo. Padre José Gumilla, en su libro *Historia de las Naciones del Orinoco*, escrito en 1740--42, anota las siguientes: achauas, sálibas, atures ó adoles, quirrubas, patutes, anabalis, giraras, omauas, betoyes, caribes, jaruros, airicos, uajibos, chiricoas, maipures, abanes, otomacos, uaiquiríes, cabres ó caberres, mapoyes, uamos, tunebos,

lolacas, situpas, jabúes, lucalías, quilifayes, atabacos, palenques, uayanos, aruacas ó araucos y uaraunos, entre otras, como residentes en el Orinoco, Meta, etc.

El Rvdo. Padre Caulín en su *Historia de la Nueva Andalucía*, escrita en 1759, hace alusión á mayor número, si bien es cierto que la extensión que abarca, es superior, como que llega hasta el Amazonas. Véanse las naciones á que se refiere Caulín:

Caribes, parayanes, tarumas, panacayos, aturayos, aruacas, uaicas, arimagotos, zaparas, uacabayos, uaraunos, acurías, barinagotos, sálibas, uamos, palenques, betoyes, achiregotos ó cachiregotos, otomacos, acarianas, aribacos, pariagotos, carianas, tamanacos, cadupinapos, maguisas, paracarucotos, atures, piaroas, parenes, tabajaris, purugotos, maipures, abanis, biras, uanungomos, cumanagotos, macusis, uaripacos, uaiquiríes, chiricoas, ipurucotos, aruros, taparitas, caberres, paudacotos, uajibos, parabenes, mejepures, puinabes, yaruros, mapoyes, macos, quirupas, uaipunabes, arebibianas, yaditanas, maquiritares, maizanas, yabacuyanas, civitenes, puipitenes, aberianas, ocomesianas, amaizanas, ajures, morononis, yahures, libibianas, caribanas,

marepisanas, deesanas, carinacos, uaribas, matomatos, abinavis, cogenas, manetibitana, berapaquinabis y uainimanesas.

Tanto en esta larguísima lista, como en la anterior de Gumilla, hay tribus á las que se les ha aplicado varias denominaciones.

Las primeras noticias que se tuvieron de las tríbus indígenas habitadoras del Orinoco y demás ríos de estas regiones desde la zona de los raudales para arriba, se le deben al Rvdo. Fraile Juan Rivero, quien las trae en su obra *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y de los ríos Orinoco y Meta.* Este religioso escribió su libro en 1729--35, y no obstante los múltiples errores del Padre Gumilla, mucho tomó éste de aquella obra, para escribir su *Historia de las Naciones del Orinoco.*

El Padre Rivero menciona las siguientes tríbus: los adoles ó atures, que son los mismos pearoas ó catarubenes; los uajibos, chiricoas, sálibas y piapocos del río Vichara; los airicos ó achauas, al sur de este río; los cabarris ó uaipís, ó sean los puinabes ó cabres, cabríos, uaipunabis, caberres y cabires, que son unos mismos, en el río Inírida [Inirricha, como dice el autor]; los barrias ó barias, que son los mismos barés;

los bamiguas ó enauas, que son los mismos ameuas, banibas ó baniuas del Rionegro; y menciona además á los pamis, chanapes, curiberenes, curicuriberrenais, orejones y camoniuas, como habitadores de las márgenes del Uaviare; los úcataquerris, que suponemos piaroas pobladores del Úcata; quirrubas, mugirris, abanis y pizaruas.

El se refiere también á los eles, betoyes, chinatos, giraras, tunebos, maibas, araparabas, uarinaos, caribes, otomacos, yaruros, chiripas, duniberrenais, totos, mapoyos, chauanes, tibitibes ó tiui--tiuis, aracuas ó araucas, [que son los mismos aruacos ó arauács] tamudes ó catatíos ó caquetíos, petates, lucalías, etc.

Estas largas listas de nombres de tríbus indias no deben sorprender: ellas son hijas de la necesidad que tuvieron conquistadores y religiosos de aplicarles nombres distintos á las distintas parcialidades que conocían ó de quienes tenían referencias por los indios á quienes trataban, aún cuando algunas pertenecieran á una misma tríbu.

Véase un ejemplo: el Padre Fray Jacinto Carvajal, en las pág. 301 á 305 de su libro *Decubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*, escrito en 1647,

trae 106 naciones distintas como pobladoras —de que haya tenido él conocimiento— de las márgenes del Apure, Orinoco y Guárico y de los llanos de Guanare, Barinas, Sansebastián, etc., que son á saber: uamonteyes, cuacuaros, otomacos, cocaimas, soapures, auyumas, uaibas, uaiparas, amaibas, puchicanaes, barbacanas, ajáuas, corocotos, apones, uaranoas, paranoas, aranoas, auaripias, uaitaparas, tucuaimas, auribires, zaruros, uaiquiries, chacaracas, aruacas, tiauas, putibras, tabagayes, bateas, acuaribias, caquetios, quiriquires, juanaponas, cuatatos, tarucos, nanatarucos, chimeros, biroteros, parabenas, cumanacuatos, cherechenes, orocos, ainamacotos, paimucutos, pecos, atapaimas, yaruros, tenas, chiricoas, gurapas, tipurucotos, curipayas, merocotos, auricacotos, tiayos, carichanas, orocanes, paros, bennos, cebros, taunos, jiraharas, najuyos, uaipios, locos, pabgues, turieches, peos, uaros, chiricuayos, bayos, cachicotos, chimeres, caricotos, arauacotos, purugocotos, adoles, macananes, marimas, carichanos, amacuros, acoiuros, aquires, cauanas, uarapiches, amanaes, acares, tigueres, cauros, cachipos, cumacares, pares, paos, zabanas, caballitos, camizeta, iujeguines, esquibios, tabacos, galeras, granados,

domínicos, isleños, uayanos, dragos y salinas, ... que fácilmente evidencian el nombre de las varias localidades, donde residían los indios, á quienes aplicara el gentilicio.

En efecto, los primitivos historiadores, así como todos, todos, los que les han sucedido hasta hoy, confundieron ó han confundido, lastimosamente á menudo, las denominaciones geográficas con el nombre de las principales tríbus; y aún más, á cada paso, daban á las numerosas fracciones de éstas el apelativo de los jefes ó caciques que tenían y que regularmente era el nombre de las montañas, caños, ríos ó selvas donde residían; circunstancias que además, de aumentar extraordinariamente el número de las tríbus, confirma la no existencia de muchas con diferentes lenguas. (*)

Por supuesto, demás está decir que casi todas esas nomenclaturas de tríbus indias las traen servílmente copiadas Humboldt, Balbi, Codazzi, Letronne y muchísi-

(*) Y así lo tratamos en nuestra obra inédita EN EL SUR, en la cual tenemos 16 vocabularios de dialectos indígenas, de tríbus del Meta, Vichara, Sipapo, Matabén, Atabapo, Inírida, Uaviare, Ventuari, Cunucunuma, Padamo, Casiquiare y Uainía-Rionegro.—NOTA DEL AUTOR.

mos otros escritores, viajeros, geógrafos y compiladores.

Ninguna de las que hemos hecho referencia ha sido antropófaga, como no lo es ninguna de las existentes actualmente.

De toda esa multitud de naciones indias, que traen los religiosos en sus obras, hoy sólo se consiguen cerca de las riberas del Orinoco, las siguientes:

los parianos ó sean los caribes, á quienes han aplicado más de treinta denominaciones distintas, los más ferozmente perseguidos y calumniados por su valor, inteligencia y actividad, espanto de los conquistadores, pesadilla de los religiosos y que poblaban desde las islas del mar de las Antillas hasta las márgenes setemptrionales del Amazonas y aún más al Sur;

los uaraos ó uaraunos llamados por Raleigh, tibitibes ó tiui--tiuis;

los aruacas ó aruacayes, denominados asímismo arucas, araucas y arauács;

los totos, otomacos ó totomacos de la misma familia de los uamos, uruanayes y uruanabis, que son unos mismos;

los mapayos ó mapoyes, antiguos cuacuas, napoios ó nepoios;

los yaruros, yarures, yuapines, zaruros y jaruros, que son los mismos caranacos;

los piaroas ó pearoas, ó sean maipures, maibas, macapures, catarubenes, atures, aturis, adoles y abanes;

los uajibos ó ptamos ó cuibas, que son unos mismos;

los puinabes ó uaipunabis, antiguos uaipés, cabres, cabríos, caberes, caberres, cabiris, caburris y cáperos;

los macos ó maquiritares, llamados también mariquitares ó mariquiaitares;

los mandauacas ó maldahuacas y

los uaharibos ó uaribas ó uaribiras.

Gumilla dice que todas esas tribus "conocían la malicia del homicidio, del adulterio y del hurto, y los delincuentes ó huyen ó esconden cuanto pueden sus delitos: no se hallan casamientos entre hermanos y hermanas, y en algunas gentes hasta más allá del cuarto grado no se casan."

Los achauas tenían de padres á hijos la tradición de un diluvio universal, al que ellos daban en su lengua el nombre de *catena manoa*, que quiere decir, según el Padre Rivero [repetido por Gumilla] laguna general.

Talvez esta creencia tenga relación con los geroglíficos pintados á altura prodigiosa [y de que nos ocupamos más adelante] para señalar el nivel de las aguas

en cerros elevados, antes del gran desagüe de aquel mar de agua dulce, á que hicimos referencia en el capítulo anterior.

Acerca de los combatientes, afirma el buen Padre Gumilla que "cuando tienen edad para salir á la guerra, en todas sus acciones tienen la mira al honor, aspirando con ansia á que les aclamen por valientes y puedan subir á capitanes."

Y Caulín asevera que "el común ejercicio de los indios es tejer canastos, en que conducen las mujeres los frutos de sus labranzas; manares en que cuelan las bebidas que hacen de todas sus frutas; hacer asientos de madera, cazar, pescar, rozar la tierra y sembrarla."

Estas costumbres, que revelan relativa cultura, mal se avienen con el canibalismo con que el Rvdo. Padre Gumilla bautiza á los caribes, por rendir tributo, indudablemente, á la corriente de aquella aberración, por fortuna para esa época no ya tan impetuosa.

CAPITULO III

Población—Distritos—Límites particulares—Pueblos y sus nombres—Consecuencias del Laudo español—Protesta—Pueblos desaparecidos—Ultimos fundados—Aspecto de los existentes—Diversos censos.

. . . . . .

CAPITULO IV

Resumen de población—Extensión territorial—Despoblación—Sus causas—Abusos—Consideraciones—Inmigración—Escuelas—Franquicias—Resultados beneficiosos.

. . . . . .

CAPITULO V

Etnografía: vida y costumbres indígenas—Informes oficiales—Observaciones—Comparaciones—Consideraciones—Creencias religiosas: Superstición y fetiquismo—Fiestas—Cuentos de camino—Reducción de indígenas—Protección del Gobierno—Inteligencia de los indios.—Los llamados *racionales*.

CAPITULO VI

(Continuación del anterior.)

He aquí ahora nuestras observaciones.

Los indígenas que habitan en las poblaciones, construyen sus casas con paredes de barro y techo de palmas. [Los que moran en los caños y selvas, las hacen regularmente de palmas, casi siempre redondas ó cónicas y á orillas de los ríos, viviendo en cada una de 20 á 30 individuos de una misma familia.] El padre ó el abuelo son los jefes y es mucho el respeto con que son tratados por sus descendientes. Los viejos no trabajan: los jóvenes y las mujeres sí para mantenerlos y atender á sus necesidades. Las mujeres se ocupan en los quehaceres del hogar, y hasta *jalan* canalete, pescan y cuidan de sus sementeras. Los hombres son marineros ó explotadores de caucho, en cuya cosecha los ayudan sus mujeres é hijos; otros son agricultores, mañoqueros ó cortadores de chiquichique. Son inteligentes y ladinos, tánto que, escamados por los engaños de que han sido víctimas por algunos comerciantes, se burlan de éstos con ingeniosos ardides; son también superiores á las hembras.

Muy contados son los que saben leer y escribir. Fabrican piraguas, falcas, canoas y curiaras, utensilios para el hogar, chinchorros —los banibas hacen algunos finísimos de cumare (*astrocaryum*) ó de curaua (*brochinia*) y plumas de vistosísimos colores, que importan hasta mil bolívares uno,— sombreros de grandes alas y cacharros, y mil trebejos más, cuya factura se debe á su espíritu de imitación, por cierto muy desarrollado en éllos. Cuando no se está en época de cosecha, [así llaman por antonomasia la de la goma elástica] es decir: de mayo á octubre, se ocupan en hacer casas, sembrar conucos de yuca, plátanos, maiz, etc. y elaborar mañoco y casabe.

Para que el mañoco les dure largo tiempo, además de tostarlo bien al fuego, lo acidulan con una preparación de yuca agria, á la que llaman *murujúi* ó *morojoi*. Los indios más industriosos son los banibas, barias y yabiteros, y generalmente los del Rionegro, á quienes gusta vestir bien y usar perfumes. Sus casas y pueblecitos son los más limpios y mejor organizados y casi todos hablan mal castellano. Su principal alimento, como el de los demás habitantes del territorio y de toda la zona intertropical, es el pescado, que cojen en grandes

cantidades que luego secan, pilan y entrojan. Comen también tapires y chigüires, cuyos jamones ahuman y conservan por mucho tiempo, venados, osos, monos, araguatos, jaguares, lapas, picures y tortugas, y muchos volátiles, etc. Les gusta muchísimo el chirel bravo y el agí picante, los cuales secan y pulverizan. Algunos comen con placer la grasa que forma la parte posterior de una clase de bachacos alados y gordos. Los maquiritares y otros comen también lombrices de tierra, de las que hacen oportunamente grandes provisiones. Usan raíces como yuca, mapuey, ñame y otras. De la primera hacen grandes conucos; de ella extraen la famosa harina granulada conocida con el nombre de mañoco, y es la que constituye la base de su alimentación. Comen mucho cuando encuentran víveres en abundancia y cuando nada hallan, se conforman con tomar una *yucuta*, que es una preparación de agua y mañoco. Aquella costumbre nos recuerda la del hombre primitivo, quien por temor de que le faltase el alimento del día siguiente, se daba un buen hartazgo cuando hallaba qué comer; pero aquí no es el mismo caso, pues estas regiones son abun-

dantísimas de caza y pesca y ellos no son adéfagos.

En sus diversiones, que las constituye el baile, principalmente, pues son apasionados por la música [ya muchos tocan quitarras] usan aguardiente, vino y ciertas bebidas fuertes, preparadas por éllos mismos, con el nombre de *bureche*, *yaraque* y *curia*, que toman con exceso, durándoles á veces los efectos de la embriaguez hasta ocho días. Esas bebidas son el producto fermentado de la caña dulce, de la batata, de la yuca ó del maiz. Son tan hábiles nadadores que algunos pescan arrojándose al agua, para atrapar con las manos quelonios como terecayes, cabezones y chipiros; otros divisan entre las frondas aves inmóviles cuyo plumaje se confunde con el verde esmeralda de las hojas; y otros saben distinguir el ruido del hombre entre el bosque del que producen los animales al cruzar la selva y asimismo el rumor de los canaletes, á larguísima distancia, de una curiara que marcha lenta ó ráudamente: tal asi están desarrollados sus sentidos. Por lo regular son perezosos é indolentes; pero cuando quieren, están contentos ó las necesidades les obligan, se muestran ágiles, fuertes y activos. Entonces salvan los

peligros de la navegación sin el menor titubeo, vencen con inteligencia el cúmulo de dificultades que se presentan para ello, pueden extraer, cada uno de 80 á 100 kilos de caucho ó más en una cosecha y soportan ocho ó diez horas seguidas sin descansar *jalando* canalete. Suben á los árboles como los cuadrumanos y en el bosque pasan como estos de un árbol á otro sin tocar tierra. El baño es uno de sus gustos favoritos. Las hembras se casan muy jóvenes y son madres apenas empieza la pubertad. Cuidan á sus hijos, cuando son pequeñuelos, con solícito afán y á cada instante les bañan y dan de comer. En sus cacerías usan armas de fuego, arcos y *puyas* [harpones parecidos á los del tipo de Cro-magnon] y en sus labores agrícolas hachas, machetes y cuchillos. Muchos de las diferentes tríbus del Rionegro, alto Inírida, Cuyare, Izana, Uaupés, etc. por aseo y para evitar la carie, hembras y mujeres, usan los dientes limados en forma triangular á semejanza de los rejangs de Sumatra, al sur del Indostán. (*) Sus muertos los

(*) No nos explicamos por qué el Dr. Elías Toro, en su obra POR LAS SELVAS DE GUAYANA, pág. 87, asienta que esta costumbre puede "atribuirse á cierta tendencia atávica de canibalismo" en las tríbus uarau-

entierran en urnas de madera en los cementerios, ó en los mismos chinchorros en que fallecen son conducidos á la postrer morada.

Los indios de las selvas, los que no son propiamente sedentarios ó moran en las cabeceras de los caños, andan poco menos que desnudos, como dos ó tres siglos antes, hombres y mujeres, con un simple *uayuco* ó

---

nas, cuando ellas nunca han sido antropófagas ni tenido por tales jamás. A seguir ese criterio, tendríamos que aplicar tal errónea creencia á muchas familias que conocemos del Uainía-Rionegro, Inírida, Nauquén, Aquio, Mane, Uaupés, etc., que acostumbran por higiene, el limarse "los dientes en punta, transformando así de una manera artificial los incisivos en caninos," sin que á lo puesto entre comillas podamos tampoco aplicarle, como para corrobar la tal tendencia atavíca, lo que sigue diciendo el autor de que "sabido como es que en el sistema dentario de los carnívoros predominan exclusivamente los caninos, y dados también, los hábitos antropofágicos (sic) de los caribes, remotos ascendientes de esta degenerada tribu....."

Suponemos que todo esto será efecto del prejuicio producido por el error secular del canibalismo de los pobres indios americanos. Es nuestra creencia; y tanto más lo es cuanto que el mismo autor afirma en las páginas 253 y 254: "El atavismo es la tendencia realizable ó no á la semejanza ó parecido con los ascendientes; ☞ es de extracción más psíquica que material, más espiritual que física y por lo tanto más insegura y vaga.

"Si á la expresión atavismo fuera á concederse toda la latitud que la literatura moderna se imagina, llegaríamos fácilmente á la conclusión de un cierto antagonismo con el dogma del progreso humano.....

"Cierto que las razas autóctonas, solidarias de

uarruma. Ni aún los más bárbaros, ni aún los más salvajes, van absolutamente desnudos. Sus costumbres no han variado. Esas tríbus, casi todas, se pintan parte del rostro y del cuerpo con *curame* ó con *chica*, que extraen de algunas plantas: el primero da un color negro y la otra rojo. Se adornan con collares de cuentas ó de semillas de sarrapia, etc. Para agarrar cualquier objeto hacen tanto empleo de las

---

sus elementos vitales —como los uaraunos— se apeguen al suelo donde han nacido y se hagan hasta cierto punto refractarias á todo elemento civilizador extraño y diverso; pero el espíritu de conservar, el horror á lo nuevo, carácter privativo de toda asociación escamente nutrida de savia intelectual, es el factor eficiente de aquellos sentimientos, ☞ y no por cierto el atavismo.

"El atavismo existe; pero decir como tanto se ha dicho entre nosotros, á través de cuatro siglo, en los que varias generaciones se han sucedido, y en los que el movimiento progresivo de la humanidad ha impreso caracteres y desarrollado tendencias, etc., decir que en el fondo moral de los nietos de tan remotos abuelos existen ☞ tendencias atávicas vengadoras de una raza extinguida (¿?) como ha llegado á decirse, eso es dar al término atavismo, una amplitud falsa y peligrosa."

Y eso mismo podemos decir de la "cierta tendencia atávica de canibalismo," pues bien se sabe que la antropofagia de los caribes, no fué sino la hija de la fantasía, ó del miedo, ó de la codicia, ó de la ferocidad de los conquistadores, de cuya concepción se hicieron cargo luego los cronistas sin análisis crítico ni criterio filosófico alguno, contentándose simplemente con escribir lo que les referían aquellos primeros buscadores de riquezas. — NOTA DEL AUTOR.

manos como de los piés; usan en los brazos y en los tobillos adornos y asimismo pendientes en las orejas, agujereadas en el lóbulo inferior. [Muchas de las tríbus reducidas, especialmente la baniba, la yabitera y la baria, acostumbran prendas de oro y de plata.] Algunos maquiritares, macos, piaroas, piapocos y otros se rapan las cejas y parte de la cabellera, y llevan atravezadas las orejas y las narices por sendos palitos huecos, á los cuales cuidan con esmero. Les gusta mucho fumar, [asimismo á los reducidos] y cuando no consiguen tabaco, componen unos como cigarrillos de *tabarí*, que chupan con fruición, y que laboran con laminillas olientes y delgadas de la corteza del árbol de aquel nombre. Tanto éstos como los de los pueblos, creen en brujos y adivinos. Sus ideas religiosas, si las tuvieren, son muy rudimentarias: parece que creen en la existencia de espíritus buenos y malos, y temen mucho á los últimos, á los cuales consagran grandes fiestas de extrañas ceremonias. Al espíritu del mal lo denominan generalmente *Máuare* ó *Máuari* otros lo llaman *Iyege*, *Ienáhabapen* y *Boiriquecp*. Respetan mucho á sus curanderos ó chupadores. En sus bailes acostumbran el yaraque y la

curia, y como los del poblado, la cupana (*) y el bureche también, como instrumentos usan los pitos de carrizo, cañas unidas como los tubos de un órgano; los *yapururos* y sus similares, que son como grandes flautas de bambú y la *uarura*, que es un caracol grande al cual hacen producir sonidos semejantes á los de la ocarina. También tienen instrumentos sagrados ó del *diablo*, cuya vista diz que está prohibida á las mujeres, aunque no sean éstas indígenas. En tres años transcurridos viajando por aquellas regiones nunca supimos de castigos para ninguna mujer curiosa, ni vimos dichos instrumentos.

La alimentación de esas tribus es la misma que la de los que viven en poblaciones: pescado, que cojen en el verano envenenando los peces con barbasco, terecayes, mañoco y cacería, y para proporcionarse esta última, se valen bien de trampas ó cacures, ó bien de cerbatanas, *puyas*, arcos y flechas, la mayor parte de éstas, cuando son pequeñas, envenenadas con curare. Las puertas, si así pudieren llamarse los huecos que les sirven para entrar á sus barracas, las cierran con este-

[*] Infusión de hojas y frutas de la "Paullinia Cupana." —NOTA DEL AUTOR.

ras colgantes, á manera de cortinas. Estas esterillas son fabricadas por ellos con hojas de palmera [chiquichiquo, moriche ó baru-baru] con las cuales también construyen sus cónicas viviendas. Muchos usan constantemente abiertas sus puertas ó boquetes.

Duermen en chinchorros, ó en el suelo, todos confundidos, sobre lechos formados con hojas. En el piso y casi siempre debajo de sus camas colgantes, hacen fogones ó braseros. Duermen, puede decirse, donde mismo comen. Sus sementeras, son pequeños conucos de yuca, batatas y otras raices.

Sus muertos los entierran en hoyos, los cuales después de llenos, los cubren con piedras, quizás para marcar la sepultura, quizás para preservar los cadáveres de la acción de los animales. Otros, como los piaroas, los colocan en los intersticios de las rocas ó en las grutas naturales de sus montañas. Entre algunas tribus, como la puinabe, piaroa, uajiba, etc., cuando fallece alguno de sus individuos, los miembros de la familia les recortan los cabellos y las uñas, les quitan guayucos, pulseras y collares y junto con algunos utensilios del difunto, los envuelven en el chinchorro en

que murió, hacen con todo un lío, colocan éste en un catumare, ó cubierto de hojas anchas de palmeras, y luego lo conducen á la residencia de algún brujo, soplador ó curandero, para que examine y estudie aquellos despojos, á fin de saber si el individuo murió envenenado y quién fué el que le hizo el daño. Peligrosa costumbre ésta de la que por fortuna, no abusan esos indios, y la cual contribuye, como es fácil comprender, á conservar el respeto ó miedo con que miran á sus adivinos.

Aún se ven errantes en la zona de sabanas que media entre el Meta y el Vichada, algunas familias de chiricoas, cuibas y ptamos, pertenecientes á un mismo grupo étnico: andan apenas cubiertos con guayucos y todos pintados de rojo, que á largas distancias señalan sus cuerpos coloreando sobre el fondo blanco pálido de las playas ó sobre el amarillo tostado de las sabanas. Estos indios cuando marchan van siempre unos detrás de otros formando hileras y son tan prácticos del terreno que jamás se extravían: conocen todas las sendas y vericuetos. Y acaso no sean ya sedentarios, debido á la falta de recursos de boca de esas áridas llanuras, tan inadecuadas al progreso de esos infelices.

Son muy celosos con sus mujeres y muy raros los que tienen más de úna. Entre ellos no se conoce propiamente el adulterio y no existe tampoco el incesto ni aún en los más atrazados. Ellos esquivan constantemente todo trato con las otras razas, especialmente la blanca, y mucho más cuando comprenden que hay quien pretenda enamorar una de sus mujeres. Tanto éstos como todos los demás son incapaces de atacar á nadie si no son provocados á ello por cualquiera circunstancia.

Entre las ceremonias de algunas tríbus del alto Uainía y sus afluentes existe aún, desgraciadamente, la de la pubertad de las muchachas, aunque ya tendiendo á desaparecer. Y decimos desgraciadamente, porque son escenas bárbaras las que se ofrecen á la vista del espectador. Cuando una india llega á la edad núbil, lo dice á la madre y esta lo anuncia á los parientes, quienes acto contínuo construyen una especie de garita de palmas, donde la encierran por espacio de un mes, en cuyo tiempo, acostada en su chinchorro, debe ayunar, reduciéndosele su diaria alimentación. Dos noches antes de la fiesta las pasan los deudos formando gran ruido y algazara y tocando pitos y tamboriles á manera del

tam-tam de los hijos del Ganges, con quienes tienen mucha semejanza los banibas. La infeliz no puede dormir en ese tiempo. Al concluir el lapso, se reunen todos para recibir al brujo ó adivino, que es regularmente uno de los más viejos y quien llega gravemente, exorciza una *yucuta* preparada al efecto y la da de beber á la muchacha, colocada en medio del círculo formado por los concurrentes y toda pintada de rojo. Con esa ceremonia terminan las pruebas del ayuno y la vigilia y viene en seguida la del látigo. Los azotes empiezan lijeramente, dos ó tres, por la ya declarada mujer, y á poco se generalizan rudamente: todos, hembras y varones, se dan mútuamente de latigazos hasta que sangran sus cuerpos. Ordinariamente estos foetes de bejucos ó plantas textiles terminan en uñas de animales ó dientes de pescado que rompen la piel. Después, á los que aún les quedan fuerzas, se bañan y preparan para el baile de la noche. Por supuesto, que desde que comienza éste es una copiosa libación de burecho y curia hasta que termina. Asi transcurre la noche en espantosa ebriedad, concluyendo la fiesta, como acaban todas las suyas: com-

pletamente extenuados por los efectos alcohólicos.

Quizás esas ceremonias tengan su significación filosófica en el nuevo período de la mujer india. Por ejemplo: el ayuno, para enseñarla á ser sobria; la vigilia, para decidirla á velar por sus intereses; los azotes, para acostumbrarla á los trabajos que hay que sobrevellar en el curso de la vida; y, finalmente, la música y el baile, la alegría, como premio á la firmeza con que sufrió todas sus pruebas.

En 1740-42, escribió el Rvdo. P. Gumilla con referencia á los indios erróneamente llamados guaiqueríes, habitadores del caño Uyapi, á cuyas márgenes estuvo situada la población de Ciudad Real, fundada por Iturriaga, tres lustros más tarde, que: "Cuarenta días antes de casar los guaiqueríes á sus hijas, las tienen encerradas en un contínuo ayuno: tres frutas ó dátiles de moriche y tres onzas de cazabe con un jarro de agua, es su diaria ración: y así el día de la boda más parecen moribundas que novias..... La víspera y noche antes de la boda se gasta en untarse todos, pintarse y emplumarse; y en especial á emplumar las novias se aplican gran número de viejas, que ya para sí no cuidan

de plumas: las diez del día son y todavía están pegando las plumitas en aquellos cuerpos hartos de ayunar: entre tanto el cacique, que es el maestro de ceremonias, desde su asiento en la plaza va gobernando y diciendo lo que se sigue. Luego que sale el sol, viene del bosque inmediato una danza bien concertada con flautas y timbaletes, y dan muchas vueltas y revueltas al contorno de la casa y casas de las novias, de donde á su tiempo sale una anciana con un plato de comida y se la da á uno de los danzantes: entonces todos á carrera abierta vuelven al dicho bosque; y arrojando el plato y comida, dice uno de éllos en voz alta: *toma, perro demonio, esa comida y no vengas á turbar nuestra fiesta.*"

"Hecha esta ceremonia, como ya quedan seguros para divertirse, se ponen los danzantes las coronas de flores, que allí tenían prevenidas, un ramillete en la mano izquierda y en la derecha las sonajas, con que sigue el compás ó descompás de las flautas y vuelven danzando á la puerta de la novia, donde ya están en fila otros danzantes de otra librea; pero de la misma tela de plumas; y con unas flautas de más de dos varas de largo, de cierta caña negra que llaman *çubarro*, emplumadas á todo

coste..... En medio de esta danza van danzando también los novios con plumas de especial divisa, y pueden brincar bien porque no han ayunado como las novias: al tiempo de marchar, salen estas pobres, tales, que es una melancolía verlas: salen en ayunas, después de 40 días de ayunar: no las han dejado dormir en toda la noche las matronas emplumadoras, y lo que causa mayor mohina es, que cada novia lleva una espantosa vieja á cada lado..... Las viejas salen llorando y cantando coplillas en su lengua, alternativamente: no lloran de ceremonia sino muy de veras: y de este modo, los hombres danzando, las viejas llorando y las novias aturdidas, dando vuelta espaciosa á todo el pueblo, y en llegando á casa, empieza la comida prevenida de tortuga, pescado, etc."

Milagro fué que no afirmó que el festín era de carne humana! ¡Y haber quiénes hayan denominado á estos cuentos de camino *la verdadera ciencia española!!*

Cuando se enferman, en vez de solicitar medicinas como los de los pueblos, ocurren á uno de sus brujos ó curanderos, quien los exorciza, chupa y ejecuta otras ceremonias ridículas entre gritos y muecas, haciéndoles creer que les extrae el *camai*

ó *camajai* [veneno] que tienen interiormente. Pasado el período culminante de sus fiebres, se bañan inmediatamente, pues éllos tienen la creencia, hereditaria por cierto, de que deben conservar siempre aseados sus cuerpos, para librarse del *Máuare*, lo que frecuentemente por desgracia, ocasiona fatales resultados.

Refiriéndose á los curanderos de los aruacas, Gumilla en el capítulo X de su obra, se expresa así: "Hace creer [el médico] á los indios que habla con el demonio y que por su medio sabe si ha de vivir ó no el enfermo. Para estas consultas tienen sus casitas apartadas, pero á vista de las poblaciones, y encerrados en ellas se pasan toda la noche gritando y sin dejar dormir á nadie, así por los gritos como por la maraca, que es un calabazo con mucho número de piedrecillas adentro, con que hacen un fiero é incesante ruido: grita y pregunta al demonio el piache [así llaman á los tales médicos] y cuando se le antoja, muda la voz y finge la respuesta del demonio: digo que finje porque ya está averiguado que todo es pura mentira, un engaño, y hurto manifiesto lo que cobra por su trabajo después que muere el enfermo, y es todo lo mejor del difunto, menos lo que

la pobre viuda pudo esconder; no se apura mucho el demonio ni hace el favor de aparecerse á los que ya tiene por suyos. Así entre estos indios arauacas, como en las demás naciones del Orinoco y río Meta, no hallé señal alguna probable de que se aparezca el demonio á los tales, pero los piaches blasonan de ello para que la simple gente les dé cuanto piden."

Entre las fiestas más solemnes de las tríbus del Amazonas venezolano, [Rionegro] descuella la de las frutas de las cuales se proveen con anticipación, consagradas al *Máuare:* parece que son ceremonias puramente religiosas, á las cuales no asisten sino los hombres. Como en su neumatología los espíritus que más resaltan son los de la fuerza y como tienen tanto temor á estos espíritus malos, ellos tratan de halagarlos ofreciéndoles innumerables frutas de sus bosques, á fin de tener buena cosecha de todas ellas para su propio regalo.

La constitución física de casi todos estos individuos va degenerando, debido, quizás, á la falta de cruzamiento, á la ecuánime alimentación y al paludismo: raro es el individuo robusto y corpulento y sólo procrean hijos débiles y pobres de carne. Estas también son causas de su disminu-

ción. Sin embargo, en las regiones del Uainía, del Inírida y de otros ríos exentos de plaga, hay familias muy bien formadas.

Los indios de Antioquía, en la República de Colombia, también tienen costumbres que guardan analogía con las de los no reducidos de estas regiones. De aquéllos dice Greiff en su *Memoria:* "El agua parece ser el elemento favorito de los indios, pues además de las frecuentes inmersiones diarios, las principales ceremonias del bautismo en la edad de la pubertad y del casamiento, consisten en tener á los jóvenes largo tiempo debajo del agua, muchas veces con riesgo de ahogarlos, durante el largo exorcismo del sacerdote. Luego imitan todos los concurrentes las ocupaciones del indio, la siembra, la caza, la pesca, la bogada y aún la guerra; para las mujeres el tejido, el alimentar los niños, etc.; alternan en seguida largas rogativas con imprecaciones y amenazas, durante las cuales beben muchos y grandes tragos de chicha. El que es objeto de la fiesta, sea joven, sea viejo, sin excepción de sexo, tiene que beber primero, hasta quedar insensible, y los juegos y danzas de los demás continuan hasta que la chicha los ha vencido á todos, amortiguando sus facul-

tades morales y físicas. Los ébrios prorrumpen entonces en lúgubres aullidos."

Los que hayan presenciado algunas fiestas indias del Rionegro, encontrarán en lo que dejamos transcrito, muchos detalles de sorprendente parecido corroborando así, hasta en sus menores acciones, las afinidades de todas las tríbus de Sur América aquende las montañas andinas y especialmente de las que habitan las regiones intertropicales.

Ellos, como hemos dicho ya, temen mucho á los espíritus malos ó de la fuerza y á semejanza de los hombres de la edad de piedra, juzgándose débiles para contrarrestar las fuerzas de la naturaleza, optaron por divinizarlos y ofrendarles sacrificios, como lo hicieron después los paganos y como lo hacen aún los católicos resucitando, bajo otra denominación, el mismo paganismo que destruyó con sus doctrinas el filósofo de Nazareth; y asimismo aquellos indios bárbaros, al igual de muchos de estos infelices civilizados, obstentan, á su modo, amuletos, reliquias y colgajos, ora en el cuello y en los brazos, ora en las orejas, en la nariz ó en las piernas.

El *Máuare* ó *Máuari*, es para ellos lo incomprensible, lo que les causa el daño ó

puede hacérselo; es el espíritu del mal, á quien temen mucho, como ya hemos dicho; es también una como *mabita*, que diríamos, ó la guiña de los franceses, ó la jettatura de los italianos. En resumen: constituye para ellos todo lo que no pueden explicarse; y quizás sea esa la razón por la cual nos decían un piaroa y un puinabe en una de nuestras excursiones, copiando los numerosos geroglíficos de sus cerros y de sus rocas, que aquellas figuras eran la obra del *Máuare!*

Suponemos que este espíritu del mal es el mismo á quien "los indios guamos le atribuyen sus enfermedades; los mapoyes los daños de sus sementeras; los uaiquiríes le tienen por autor de pleitos y de riñas; los betoyes les atribuyen la muerte de todos los párbulos; y de este modo en todas aquellas naciones tiene malísima opinión." [Gumilla.—Cap. III, parte 2ª]

El indio es siempre grave, circunspecto, hasta de aspecto triste y eminentemente desconfiado. Esta desconfianza tiene su razonable justificación: ha sufrido tánto, debido especialmente á la raza blanca, que tiene que considerar á ésta como su natural victimaria. De allí que podamos aplicarle lo que dice Jorge Bris-

son, en su *Exploración al Choco*: "mientras más se acercan los indios á los puntos habitados por los racionales, más notable es su aspecto estúpido, tímido y adormecido, en tanto que en las serranías altas y apartadas, recobran cierta altivez y dignidad, y se comprende muy bien que éllos se creen libres todavía y soberanos de sus montañas. Abajo el indio tiene la mirada falsa, aquí anda por el bosque con nobleza y despreocupación; no teme contestar cuando entiende; es alegre y risueño, es el hombre de la naturaleza que no ha tomado todavía el contacto de la sociedad civilizada, ese barniz que muchas veces no es más que hipocresía." Página 169.—1893.

Entre los consejos que dan los viejos indios de los poblados á las *uarichas* cuando son pretendidas por individuos que no son de su raza, hay éste; "tú debes sacar de ese hombre el mejor partido para tí y los tuyos"; es decir, "tú no debes poner tu cariño en él sino vivir con él para conveniencia nuestra." Por supuesto, que este procedimiento de éllos es consecuencia de la manera análoga que ponen en práctica algunos de los llamados racionales [blancos, negros y mulatos.]

Los *progresos* que han alcanzado las

tríbus reducidas, se deben más á la acción de sus necesidades y del tiempo, que á la obra de los misioneros y Gobiernos que ha habido allí, hasta el siglo XIX. También ha resultado que la mayor parte de los que llegan, en lugar de introducir sus costumbres entre los indígenas, toma á poco las de éstos, contribuyendo así al estancamiento de sus escasos adelantos, quizá con el propósito de hacerse entender más fácilmente por éllos.

Sobre costumbres indias son muchos los que han escrito de referencias y aunque también hay muchos, especialmente religiosos, que han escrito de propia observación, han adornado y exagerado de tal manera sus relatos, que hoy no se pueden tomar para hacer algún trabajo etnológico, sino con muchas reservas, sobretodo en lo que se refiere á costumbres de tríbus odiadas, como la pariana, llamada caribe, etc. etc.

Dice la obra del Padre Carvajal, [XXII Jornada Náutica] que los caribes, para aspirar á ser caciques, tenían que someterse primero á siete pruebas distintas, que son las siguientes : matar tres indios enemigos; ayunar seis meses justos, en cuyo tiempo no debía hablar con nadie ;

soportar en seguida tres horas de fuego dentro de un horno [hoyo]; bailar después dos horas contínuas; beberse dos cuartillas de agí molido muy espeso y envolverse luego en una hamaca con un avispero de golofas dentro ..... !!!

Un siglo más tarde, Caulín [Cap. XII, Lib. I] asienta que para las ceremonias de la Jefatura sólo se necesitaban tres pruebas: el ayuno, la bebida de chirel y la mordedura de las hormigas.

Los caribes, después que derrotaron á los atures y maipures, [como que si atures y maipures no fueran los mismos piaroas] á los caberres y uajibos, fueron á su vez rechazados, en la boca del Vichara, por los uaipunabis [como si éstos y los caberres no fueran los mismos] por cuya razón no pudieron llegar al Atabapo. Este tropo de la historia militar de los indios es también de origen frailesco [Casani, Gumilla, Gili] que, repetido después por viajeros é historiadores [Humboldt, Codazzi, Felipe Pérez, etc.] ha venido haciendo carrera; y hasta mencionan un gran combate naval ocurrido en la Boca del Infierno, comandado por su formidable jefe Tep.

Y continúa el Rvdo. Gumilla, que los

caribes y caberres eran los más espantosamente antropófagos ..... sin haberlos visto nunca comer carne humana.

Y así un cúmulo más de exageradas relaciones, cuando no erróneamente interpretadas las costumbres de los indios.

Lo cierto es que los caribes constituían una grande, numerosa y valentísima nación, los más inteligentes y bien formados de Venezuela, los más altivos como que tenían conciencia de su superioridad y los que más lucharon por mantener su independencia, causa eficiente del odio conquistador. Por otra parte, también es un hecho incontrovertible, que hasta hoy no ha sido comprobada la antropofagia que se les echó en cara por sus verdugos feroces é ignorantes, quizás por la circunstancia de haber visto á los indios comer grandes monos asados [*ursina* y *belsebuth*] confundiendo á estos con cuerpos humanos, aberración de que hablaron luego sin criterio científico: el Juez Rodrigo de Figueroa, en 1520; el Obispo Fray Tomás Ortiz, en 1525; Pedro Mártir de Anghiera, en 1530; el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, en 1535; el Padre Francisco López de Gómara, en 1552; Pedro Cieza de León, en 1553; el

contador Agustín de Zárate, en 1555, el Padre Juan de Castellanos, en 1589; el Padre José de Acosta, en 1590; Antonio de Herrera, en 1601-15; Fray Pedro Simón, en 1625-27; Fray Jacinto de Carvajal, (*) en 1647; el Obispo Lucas Fernández de Piedrahita, en 1680; José Oviedo y Baños, en 1723; los Rvdos. Padres Aguado, Fritz, Gregorio García, La Sierra; y así cuasi todos los que han escrito sobre la conquista de América [ó con relación á estas regiones.]

Y aquí cabe excluir al Rvdo. Padre Caulín, quien en su *Historia de la Nueva Andalucía*, aún cuando copia mucho á Fray Pedro Simón, no los califica de antropófagos; y eso que trata de casi todas las tríbus que desde el Mar Caribe hasta el Rionegro, etc., poblaban ese extenso territorio.

Cuando más dice [Libro I, Cap. XIII] que "concluida la guerra, vuelven con algunos brazos asados y canillas de piernas, de que hacen flautas [sic] para tocar cuando vuelven á la guerra y conseguir victoria de las naciones contrarias. Para

(*) Este, sinembargo, confiesa ingénuamente en la página 14 de su libro, que nunca vió comer carne humana.—NOTA DEL AUTOR.

este mismo efecto suelen guardar algunos corazones hechos polvo, después de bien tostados, para beber de ellos y tener valor en la guerra."

Y eso nada de extraño tiene, caso de que fuere exacta la noticia, dada su natural rusticidad. En la guerra de la Independencia los españoles frieron en aceite para conservarlas mejor cabezas de prisioneros que mataban, y asimismo orejas que tostaban al sol.....

Por otro lado, gran parte de su obra fue hecha sobre las informaciones de la Comisión de Límites, á la cual acompañó algún tiempo en 1756, y en ninguno de los relatos de sus Jefes y oficiales, que hemos leído, se hace alusión al canibalismo.

Aquí es de aclarar lo que el escritor español Fernández Duro, asegura en sus notas á la *Historia de la Conquista de Venezuela*, por Oviedo y Baños [tomo II, pág. 387] de que Solano, el Jefe de aquella comisión, dice en la relación de su viaje [suponemos no será lo que poseemos fechada en Ciudad Real del Orinoco, á 25 de setiembre de 1760] que reconvino á Crucero, [Cucero] cacique de los uaipunabes del Inírida, porque él y su gente se habían comido cinco *guahibos*. Sin duda que So-

lano confundió esta palabra con el vocablo *guaribas*, que quiere decir en lengua *geral* araguato; y más confirma esto la circunstancia de que los mismos indios le contestaron que los cinco comidos pertenecían á la nación errante de los uaribas, los cuales, á su juicio, no eran gente, y tenían razón!

Por suerte, el señor Académico de la Historia les aplica la antropofagia en un sólo caso: el de la venganza, repitiendo así lo dicho por Solano [y por otros antes que éste refiriéndose á otras tríbus] para cohonestar de algún modo el tal canibalismo informado por los religiosos, quienes entre otros de los inconvenientes que le pusieron para que no siguiese remontando desde los raudales, aquel fue uno.

Solano, ni ninguno de sus oficiales, vieron jamás comer carne humana; y es de observar que la mayor parte de éstos —los que hicieron las más internadas exploraciones— se quedaron residiendo después, unos en Rionegro y otros en Santo Tomás ó sea la actual Ciudad Bolívar, por ejemplo los capitanes Juan Antonio Bonalde y Antonio Barreto, Gabriel Clavero, Simón López de la Puente, Apolinar Diez

de la Fuente, Francisco Fernández Bobadilla, Agustín Fernández, etc.

Pero para que se forme criterio acerca de las ideas que tenía la mayor parte de los hombres de iglesia sobre los pobres indios, véase lo que escribía el Rvdo. Padre dominicano Fray Tomás Ortiz, primer obispo que fue de Santamarta, á principios del siglo XVI:

"Los hombres de tierra firme de Indias comen carne humana, y son sodométicos más que generación alguna. Ninguna justicia hay entre éllos, andan desnudos, no tienen amor ni vergüenza; son como asnos, abobados, alocados é insensatos; no tienen en nada matarse ni matar; no guardan verdad sino es en su provecho; son inconstantes, no saben que cosa sea consejos; son ingratísimos y amigos de novedades; préciansé de borrachos ca tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raices y grano; emborráchanse también con humos y con ciertas yerbas que los sacan de seso; son bestiales en los vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos á viejos, ni hijos á padres; no son capaces de doctrina ni castigo; son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan; inemicísimos de religión, haraganes, ladrones,

mentirosos y de juicios bajos y apocados; no guardan fé ni orden, ni guardan lealtad maridos á mujeres ni mujeres á maridos; son hechiceros, groseros y nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos doquiera que los hallan; no tienen arte ni maña de hombres..... Cuanto más crecen se hacen peores: hasta diez ó doce años parece que han de salir con alguna crianza y virtud; de allí en adelante se toman como brutos animales; en fin, nunca crió Dios gente más cocida en vicios y bestialidades sin mezcla de bondad ó policía, etc."

[*Historia de las Indias*, por F. López de Gómara.—Madrid—Edición de 1853.]

Y calcúlense los tristes efectos que producirían en España, las aseveraciones de todo un Príncipe de la Iglesia Católica Romana, cuando ésta imperaba en su mayor auge poderío.

***

En corroboración de lo que anteriormente hemos dicho sobre la inteligencia de los indios, trae Codazzi algunos datos, que con placer transcribimos á continuación:

"Sabemos que muchas tríbus del Orinoco y de la costa cultivaban maiz, raices diversas y algodón, del cual sabían hacer unas telas ordinarias. De la palma moriche sacaban unas hebras que les servían para sus chinchorros y también para pescar. Casi todos éllos sabían hacer vasijas de barro, porque en muchas partes se encuentran restos de esta fabricación indígena. Sabían extraer de las hojas del árbol chiča unas pastillas coloradas con que se pintaban el cuerpo, y con las mismas hacían geroglíficos sobre sus vasijas. (1) La extracción del veneno curare proveniente del bejuco mavacure, es invención de ellos. Esta operacióu es tan química como la de extraer el veneno de la yuca amarga y hacer de ella un pan sustancioso que se conserva largo tiempo. (2) También se debe poner á su lado la confección

(1) En la colección que poseemos de curiosidades de aquellas regiones, tenemos, conseguido en el Inírida, un panecillo de esa materia colorante; mide 36 centímetros de circunsferencia por 4 de espesor y pesa 180 gramos. También poseemos un par de grecas ó tabletas grabadas, de 14 y ½ medio centímetros de largo por 4 y ½ de ancho y ½ de grueso, con que ellos fijan en sus cuerpos dibujos y geroglíficos. Asimismo algunas muestras de orfebrería indígena y un calabazo lleno de curare.

(2) El cazabe y el mañoco.—NOTAS DEL AUTOR.

del tabaco que llaman niopo; (3) y no es menos de admirar el método con que sacaban la fécula del moriche y el modo de formar su harina de pescado para la estación lluviosa que no daba lugar á una pesca suficiente. Bastante ingeniosa es la manera con que hacían las conchas ó canoas de corteza de árbol y también la fabricación de las de madera, hallándose privados del hierro. Una piedra ó un hueso les servía de hacha ó de otro instrumento cortante, y el fuego les ayudaba para la pronta construcción. Sus arcos y sus flechas estaban bien trabajados: (4) lo mismo sus macanas, que eran de una madera dura y pesada, sus rodelas eran de admirarse por la forma y enlace de los bejucos que cubrían con cueros de manatí, de danta y de tigre, para defenderse de las flechas. La construcción de sus casas indicaba inteligencia y no mucha ignorancia en la disposición de sus fortificaciones de *palo á pique* en puntos defendidos aún por la naturaleza. Las mantas que sacaban

(3) También tenemos el aparato con que lo absorven, compuesto de dos huesos de las piernas de un ave zancuda.

(4) Poseemos una buena cantidad de hachas de piedra, arcos y flechas.—NOTAS DEL AUTOR.

del palo marima y una especie de camizas para ponerse á cubierto de los mosquitos y de las lluvias, son obras tan curiosas como otras semejantes que hacen de la palma moriche. Los *quipos* que los caribes habían perfeccionado y que se encontraron también en el Perú, eran unos nudos que servían á aquel pueblo guerrero y comerciante para trasmitirse las noticias. Las cerbatanas eran carrizos cilíndricos y largos que servían para la caza de pájaros. Las esteras, cestas, talegas y sobre todo las guapas, especie de cestas casi sin bordes pero labradas primorosamente con grecas en líneas rectas combinadas de diversos modos. Los colores que sacaban de los óxidos de hierro y magnesia, especialmente ocres amarillos, rojos y aplomados: el barniz del algarrobo con que cubrían sus pinturas en vasos cocidos en medio de un fuego vivo: sus instrumentos de música, trompetas, botutos y unas cañas de diferentes gruesos y tamaños, á manera de zampoña: (5) por último, el modo de hacer el pan de maiz que aún se

(5) También hemos logrado reunir pitos, uapas, telas de marima, cuerdas de cumare y de chiquichique y una multitud de curiosidades nétamente indígenas.—NOTA DEL AUTOR.

usa por todos los habitantes de Venezuela, así como el de la yuca amarga ó de la dulce, son cosas todas que indican mucha inteligencia y bastante industria en su estado salvaje." [*Geografía de Venezuela*, páginas 333 y 334.]

Hasta aquí por lo que concierne á los indios. Cuanto á los caprichosamente llamados *racionales* para diferenciarse de los indígenas, ó mejor dicho, los 800 y tantos blancos, negros, mulatos é indios no nativos de la jurisdicción, forman una masa híbrida en la que, con pocas excepciones predominan, incivilidad y falta de buena fé. Y todo esto agravado por el ambiente de egotismo en que viven, aunque tratándose cordialmente, al parecer.

Por otra parte, todos son amantes fervorosos del trabajo, en cuyos altares constantemente ofician.

Por supuesto, habiendo hecho su aprendizaje los indígenas en esa escuela, fácilmente se comprenderá el nivel moral de estos infelices, no tomando de los fulanos *racionales* sino los vicios y los defectos.

En la 2ª. parte de la obra *Informe del Amazonas*, pág. 10, por Marcelino Bueno, leemos lo siguiente:

"Así, pues, las medidas tendientes al

bien público que pensó poner en práctica el gobernador Carvallo, fracasaron, como han fracasado igualmente pensamientos y proyectos que otros magistrados han concebido también en nuestro favor, por el genio maléfico que de continuo se cierne en nuestros destinos, impidiendo sistemáticamente que se obre el bien, por una aberración que no alcanzamos á descifrar, si bien no dejamos de comprender que en su mayor parte ha dependido de nuestra desunión, mala fé y rusticidad ....."

Al hablar de estas localidades, se lée en la pág. 231 de *Exploración Oficial*, por Michelena y Rojas, que "el cantón de Alto Orinoco y Rionegro, es el más importante de todos, no sólamente de Guayana sino de la República; situado al Oeste y Sureste de toda ella, y colindando con la Nueva Granada, con el Brasil y con la Guayana inglesa (*) nunca se ha halla-

(*) Algunos súbditos británicos vienen ya á hacer sus exploraciones en las serranías de Marauaca.

Con Colombia es muy poco, casi insignificante, el número de individuos de esa República que vienen y van, traficando con productos naturales.

Con el Brasil pueden presentarse algunos inconvenientes, debido á que los Gobiernos de esa Nación —á la par de algunos de los que ha tenido Venezuela— parece que se esmeran en colocar individuos incompetentes en la jefatura de sus fronteras, circunstancia

do en estado de prosperidad, nunca ha sido bien gobernado. Los gobiernos de todos tiempos que han ido sucediéndose no conociendo bien su importancia, lo han visto con descuido, con abandono; y desde la Independencia hasta ahora, ha sido gobernado por miserables especuladores que han ido de Angostura con algunas pacotillas á estafarlos, corromperlos y embrutecerlos....."

Y luego, en las páginas 424 y 425: "Ese maltrato, esa marcada injusticia con que se les ha gobernado, esa distinción que se ha hecho siempre entre el indígena y el que no lo es, para negarle á aquél todo derecho, esa negligencia con que las autoridades han tolerado el abuso contra aquella raza oprimida: he aquí las causas de la asombrosa disminución de la población indígena en todas aquellas comarcas; causas que, es tarde ya su remoción, habiendo casi desaparecido aquella, al menos

---

ésta que puede motivar cuestiones de grave trascendencia. En esa frontera ha habido siempre una como hostilidad manifiesta hacia Venezuela. Tocónos á nosotros, por fortuna, tratar allí al caballeroso Alférez Henrique de Carvalho Santos, quien hacía honor al puésto que desempeñaba, como Comandante de aquel punto.—NOTA DEL AUTOR.

en todos los puntos donde hay una autoridad constituida."

Y todas esas verdades escritas hace más de medio siglo, pudieran decirse hoy, con relación á muchos de los que han llegado hasta allí como gobernantes, á partir desde 1863 para acá.

A nuestro ver, el mejor método para la más fácil reducción de las tríbus, es que el Gobierno Nacional erogue regularmente determinada suma y destinarla á regalos para los indígenas, no debiendo engañárseles nunca. Así se atraerían muchísimos, pues tienen la creencia de que el Gobierno es su jefe, padre y protector y que está en el deber de hacerles presentes, sin remuneración alguna. Y tanto más hoy cuanto que los productos naturales de la localidad enteran muchos miles de bolívares á las Rentas públicas, lo que no acontecía antes. Después, acostumbrarlos, poco á poco, ya convencidos de que el Gobierno no los engaña, á vivir en poblaciones y á trabajar —no forzándoles— para llenar sus necesidades. Y, finalmente, enseñarles con el ejemplo á civilizar sus costumbres, y abriendo por todas partes escuelas de primeras letras y escuelas de artes y oficios, con las que se adelanta-

ría bastante, pues son inteligentes, como ya hemos dicho. Todo esto, teniendo en cuenta, además, que los magistrados que vayan á esas regiones deban ser ciudadanos que se penetren del cargo que van á ejercer y no meros especuladores.

Por supuesto, que esta no es labor de pocos años sino de muchos lustros, pero que metiendo manos á la empresa con regularidad y constancia inquebrantables, se proporcionaría el Gobierno la satisfacción de ver coronados sus patrióticos esfuerzos. De lo contrario, pasarán siglos y nada se habrá conseguido; cuando más: la desaparición de la raza indígena.

CAPITULO VII

Pretendida antropofagia de los indios—Más cuentos de camino y aventuras novelescas—Consejas de los frailes repetidas por Humboldt y más tarde por Baralt, Letronne, Codazzi, Felipe Pérez, Modesto Garcés y Rafael Reyes—Refutación.

Además de lo que hemos dicho en el Capítulo anterior sobre el canibalismo de los indios del Nuevo Mundo, cabe aquí decir que es al célebre Barón Alejandro de Humboldt, á quien, por su no común sabiduría se debe la creencia de la supuesta antropofagia de los indios de estas regiones. Aunque él no la afirma categóricamente, no la niega tampoco, dando así ocasión á que otros geógrafos y hombres de relevantes dotes intelectuales hayan repetido la especie.

En efecto: aquel notable pensador se hizo cargo de las narraciones exageradas de los primeros conquistadores, repetidas por los que les sucedieron, para creer en el canibalismo de los indios antillanos; así como también de los relatos de algunos misioneros [Casani, Gumilla, Gilli] para hacer alusión á la antropofagia de algunos de los indígenas del Orinoco, Rionegro, Casiquiare, etc. Esto, aparte de haberse dejado engañar por la astucia de los indios

[Yabita, v. gr.] quienes como se sabe, para intimidar á los blancos les contaban cosas horribles, con el propósito de que no se quedasen en sus localidades ó de que desistieran de sus incursiones entre éllos, pues bien se sabe que á los blancos es á quienes miran con más recelo.

Ninguno de los conquistadores, ni ninguno de los misioneros vieron á estas tríbus comer carne humana; y si nos referimos á toda la América, podemos decir que sí pudieron haber presenciado entre algunas de ellas escenas sangrientas y feroces que suspendieran el ánimo, como quemar hombres vivos, destrozarlos, azarlos en pedazos, (como hacía, á su vez, el *Santo Oficio* en España é Inglaterra) aniquilarlos cruelmente, etc. y todo en represalias, debido á su infeliz estado social. Pero de eso á mirarlos comer carne humana, hay una diferencia inmensa.

Los cronistas del Siglo XVI á que hemos hecho alusión en el anterior capítulo y que escribieron sobre antropofagia, lo hicieron: ó para cohonestar los crímenes horrendos cometidos por sus compatriotas contra la raza americana ó sugestionados por las narraciones fabulosas de los primeros conquistadores ignorantísimos de suyo;

y cuanto á los que les siguieron repitiendo la conseja, también por ignorancia lo hicieron ó por pura conveniencia, á fin de no tener competidores en la espantosa influencia que ejercieron en los siglos XVII y XVIII sobre los pobres indígenas, á quienes si bien ya no podían vender como esclavos los mantenían en condiciones de terrible servidumbre.

Además de aquellos á quienes ya hemos nombrado, puede también afirmarse que ni Acuña, ni Molina, ni Neira, ni Monteverde, ni Cobarte, ni Rivero, frailes que estuvieron en el Meta, Casanare, Vichada, Uaviare, Apure, Orinoco, etc. desde los primeros años del Siglo XVII hasta el primer tercio del antepasado; ni Caulín que acompañó á la Expedición de límites; ni los jesuítas Gumilla y Gillí, que nunca pasaron de los raudales; ni Casani, el historiador de las misiones de Nueva Granada; ni Manuel Román, Superior de las misiones del alto Orinoco; ni Bernardo Rotella, José Antonio de Xérez, Andrés de Antequera, Felipe de Málaga, Olmo, González, Mancilla, Cerezo, Morillo y Bueno, frailes todos, que estuvieron por estas regiones, jamás vieron comer carne humana. Asi como tampoco Solano y sus oficiales, cuyas

relaciones poseemos; ni el mismo Humboldt, ni Bonpland, ni D. Nicolás Soto; ni Fr. Bernardo Zea, que también fué su compañero de viaje: todos los que escribieron ó contaron de antropofagia, fué por referencias de todo punto sospechosas. Además: ni el medio en que vivían los indios los reducía al canibalismo, pues las comarcas que habitaban eran [y aún son] de las más ricas y expléndidas del mundo tanto en cacería como en pesca.

Y esto que decimos acerca de la supuesta antropofagia de los indios de Venezuela, podemos aplicarlo también á todas las tríbus indígenas del Nuevo Mundo: para la época en que llegaron los castellanos no había caníbales en este Continente.

Acaso porque á algunos españoles, enloquecidos por el hambre, se les acusó de tales, podría dárseles á todos el calificativo de antropófagos? De ninguna manera. [Véanse: el capítulo IV, 2.ª *Noticia Historial de las Conquistas de Tierra Firme*, por Fr. Pedro Simón; el capítulo VII, Libro I, de la *Historia de la Conquista de Venezuela*, por José Oviedo y Baños, y el capítulo XV, Libro V, de la *Historia de las misiones del Casanare y de los ríos*

Orinoco y *Meta*, por el P. Juan Rivero.]

Hasta en lo que le escribió al Rey el Licdo. Pérez de Tolosa en 1546, acerca de que los indios no comían carne de los españoles porque *les amargaba*, es una prueba fehaciente contra su supuesto canibalismo. Valiéndose los indígenas de esa frase, con ella simulaban el hábito de la antropofagia, creencia que aún algunas de las mismas tríbus fomentaban entre los blancos para infundirles terror, pues sabían que los conquistadores á lo que más miedo tenían era á que sus *uayanos* cuerpos sirvieran de alimento al estómago de los indios. Siendo de advertir que mientras más valientes, más independientes y más orgullosos fueran éstos, más antropófagos ó caribes eran, según el criterio de la codicia ó de la crueldad conquistadoras.

Un ejemplo: el Licdo. Rodrigo de Figueroa, quien de resultas de las informaciones obtenidas por él de algunos de sus compatriotas, dictó la estrafalaria sentencia contra éllos, en 1520, siendo Justicia mayor de la Española y Repartidor de indios.

En ese documento, para autorizar más el espantoso salteamiento de aborígenes y

poder esclavizarlos y venderlos más á menudo, se aumentó á discreción el radio donde diz que moraban los caníbales; y así, por dicha ley, eran antropófagos todos los que poblaban las Antillas con excepción de los de las islas Lucayas, Barbadas y Gigantes [que para ese año parece ya no eran caníbales, pues debe recordarse que, según Colombo y sus marineros, estaban infestadas] Margarita y Trinidad;

eran antropófagos los que residían desde las costas de Paria hasta el Delta del Orinoco;

eran antropófagos los que habitaban las provincias de Taurapes y de Olleros, que no sabemos cuales son;

eran antropófagos los de la provincia de Maracapana hasta la de Paria;

y eran, finalmente, antropófagos los que residían internados!

A la simple lectura de esa sentencia injusta y arbitraria, resalta además del móvil que la dictó, la ignorancia del Lcdo. Figueroa en asuntos de geografía local. ¡Cuántas inexactitudes!

Y ya calificados por el negociante de indios como caníbales aquellos pobres séres, dice: "debo declarar e declaro que

los chripstianos que fueren en aquellas partes, con las licencias e condiciones e instrucciones que les seran dadas, pueden ir e entrar e los tomar e prender e cautibar e hacer guerra e tener e traer e poseer e vender por esclabos los yndios de las dichas tierras e probincias e yslas así por carives declaradas ....."!

***

Algunos cronistas han hablado de cuartos de hombres asados en barbacoas ..... Error! No eran miembros humanos sino de araguatos, asados á fuego lento ó ahumados, como lo usan todavía hoy, en barbacoas ó palos aguzados, ó cuando no en grandes salcochos aderezados en pailas ó marmitas, y con una buena provisión de ají molido al lado del cazabe.

Juzgo parecida impresión la que recibirían aquellos blancos á la que experimentamos la primera vez que vimos un araguato muerto y preparado para el almuerzo de los indígenas tripulantes que llevábamos, en 1900. Era exactamente igual á un muchacho de 14 á 16 años, y su aspecto el de un perfecto cuerpo humano sin movimiento. No quisimos presen-

ciar la autopsia, que diríamos, y nos retiramos á la embarcación. Hallábamosnos fondeados á las márgenes solitarias y silenciosas del alto Orinoco, arriba de los raudales, y nuestro pensamiento voló á la época, cerca de 4 siglos antes, en que remontaron los españoles por vez primera el mayor de nuestros ríos, ignorantes de la existencia de aquellos simios tan semejantes físicamente al hombre. Cuando salimos de nuevo á tierra, la ilusión fue completa: nos pareció que era un ser humano á quien los indios tenían descuartizado.

***

Dice Humboldt en una de las notas que tiene su Mapa-itinerario, en el tercer tomo de su *Viaje á las regiones equinocciales del nuevo Continente*, que la región comprendida entre los ríos Atabapo, Rionegro é Inírida, [zona desconocida aún ó no explorada todavía] estaba habitada para 1800 por antropófagos [según los frailes, decimos nosotros] y en otros puntos del libro se lée que lo eran los cabres, los uaipunabis, [como si cabres y uaipunabes del Inírida no fueran unos mismos] los uainimanabis, daricabanas, manetibi-

tanos, [como si manetibitanos y daricabanas ó dariuabanas no fueron los mismos uainimanabis del Uainía-Rionegro y sus afluentes Mane y Dariua] los mandauacas, los pasimonabis y putchirinabis del Casiquiare, etc. Para tal afirmación trae los informes de algunos religiosos, y lo que le contó el capitán indio llamado Yabita, quien, al decir del célebre viajero, era de mucho vigor de espíritu y de cuerpo." ¡Cómo se reiría del sabio el astuto indígena!

Sinembargo, el mismo Humboldt asegura [y repiten luego Baralt, Codazzi y otros] que los caribes del continente —únicos indios que por fin habían quedado con el calificativo— no eran antropófagos como los de las Antillas.....

Y es de advertir, antes de continuar estas observaciones, que los marabitanos, marepizanos, manetibitanos, marapizanos, marebitanos, uainoas, banibas y uainimases, son unos mismos habitadores del Rionegro y sus caños ó afluentes.

Humboldt, desgraciadamente, pasó por estas regiones como un relámpago: el 15 de abril llegó de Sanfernando de Apure á los raudales de Atures y regresó á ellos el 31 de mayo del mismo año 1800. En mes

y medio hizo todo el inmenso trayecto del Orinoco, Atabapo, Pimichín, Uainía-Rionegro y Casiquiare, para descender por el alto Orinoco, que es mucho andar de prisa. No tuvo, pues, tiempo de tratar esas tribus, ni mucho menos estudiar sus costumbres, ni aún siquiera verlas. Se contentó con los informes romancescos suministrados por los frailes, pues no está demás advertir que desde que llegó á Venezuela, desde el mar Caribe hasta el Rio-negro [Sancarlos, de donde no pasó] se hospedó ordinariamente en sus conventos ó monasterios. ¿Se contaminó acaso con la creencia de los Rvdos. capuchinos? Tal pregunta se nos ocurre al ver que no rechaza categóricamente la afirmación frailesca de la antropofagia, condición étnica que nunca han tenido aquellos aborígenes, ni razonablemente confirmada ha sido entre ninguno de los de toda la América.

Siquiera el mito de El Dorado de Berrío y de Raleigh, pudo dejar de ser una quimera con el descubrimiento de las minas del Yuruary en 1849 por el doctor Luis Plassard, después de más de tres siglos de desastrosas expediciones en su busca. Pero el mencionado canibalismo

aún no ha sido ratificado, antes bien ya ha sido desmentido concienzudamente. Véanse: la obra de Michelena y Rojas, titulada *Exploración Oficial;* la de Washington Irwing, *Vida y viajes de Colón;* los *Estudios americanistas* por Juan Ignacio de Armas; la del Dr. A. Sthal, la de Girgois, etc.

Y cabe aquí anotar una singularidad entre los dos grandes mitos de la conquista: casi al mismo tiempo en que, debido á los esfuerzos de la ciencia, aparecía el primero, en cierto modo, con la riqueza aurífera de El Callao, se desvanecía el otro á los soplos poderosos de la investigación y de la verdad histórica.

Y asimismo se han aventado: *los perros mudos,* de Oviedo y Valdez, y otros; *los lagartos de dos patas,* de los mismos; los *hemafroditas de más de cinco varas de tamaño,* de Juan Alvarez Maldonado; *los hombres con muelas grandes como un puño y de dos libras de peso cada una,* del Rvdo. Padre Acosta; *los hombres de orejas tan grandes que les llegan al suelo,* del Rvdo. Padre Antonio Daza; *las báquiras con el ombligo en el dorzo,* de los venerables Padres Fray Pedro Simón y José Gumilla; *las serpientes peludas* y *los caimanes que comen piedras,* del

mismo Gumilla: el *combate sangriento de Bobadilla con los indios uaharibos*, de que habla Humboldt; *la sodomía* y *las mujeres sin marido*, de que han hablado tantos autores, etc., etc., etc.

*
* *

También la *Historia de Venezuela*, por Baralt y Díaz, página 246, 1ª parte, y la *Geografía Universal*, por M. Letronne, páginas 831 y 832, traen el mismo error etnológico.

No importa. A medida que van pasando los años, la creencia del canibalismo americano va haciéndo más rara y difícil de sostener científicamente: se ha ido esfumando como una sombra negra en el horizonte de la Historia.

Más: conocidas ya muchas localidades de las señaladas como habitadas por los antropófagos, cuando los sostenedores del mito, atacados en sus últimos atrincheramientos, quieren hoy referirse á él, achácanle el canibalismo á cualquier tríbu ignota ó desconocida. Y así van, sin saberse ya á quien colgarle el sambenito!

Hoy en Venezuela, por fortuna, entre quienes han estudiado sin prejuicio las

costumbres de los indios puros, nadie crée en su antropofagia.

***

Codazzi, en su prurito de copiar á Humboldt, el maestro, también incurre en la misma versión.

En los capítulos Etnología [páginas 246 á 258] y Tríbus Indígenas [páginas 270 á 277.] de su obra *Resumen de la Geografía de Venezuela*, afirma que son caníbales las siguientes: manetibitanos, cabres ó caberres, uaipunabis [que son los mismos caberres ó puinabes del Inírida] etenamos, parenes, y uainimases, quienes nunca fueron antropófagos, sino por obra y gracia de los religiosos, que así se lo dijeron á Humboldt. Y dice además, que son feroces los pobres aruacas, los uaicas, los otomacos, los taparitas y los uaharibos, tríbus de las cuales no vió un solo individuo, conformándose con escribir de referencia!

También en sus *Antigüedades Indígenas*, escritas en Bogotá, en 1857, asegura que los andaquíes "comenzaban á formar un núcleo de nación propiamente dicha, ligada con el vínculo de una religión pública, cuando fueron barridos de la haz de

sus tierras y arrojados allende la cordillera oriental á los interminables bosques de la hoya del Amazonas, donde lo solitario, agreste y salvaje del país, los hizo retroceder hasta la barbarie más completa, y aún hasta el canibalismo [sic] que hoy las distingue."

Y más adelante continúa: "Apellidáronlos *murciélagos* los españoles y portugueses porque les vieron chupar y beber con deleite la sangre de sus enemigos; y en efecto, en las guerras que sostienen [los guaguas] contra los huilotos ó güitotos, (*) que andan errantes entre el Caquetá y Putumayo, procuran ante todo sorprenderlos para hacerles muchos prisioneros, á quienes después de la victoria y excitados por el baile y la borrachera, descuartizan y devoran [sic] en señal de venganza, no perdonando la vida sino á los pequeñuelos que guardan para esclavos."

Codazzi, como se vé, se refiere á las tribus que habitan la ignota región del Caquetá, del Napo y del Putumayo ó Iza, —que nunca visitó; pero podemos afirmar que los indígenas de esas regiones

(*) ITTO, en lengua sáliba quiere decir casa; ITTO-TO, que tiene casa. (EN EL SUR, dialectos indígenas, por el Autor.)

tienen los mismos usos y costumbres que los del alto Orinoco, Cuyare, Inírida, Uainía, Rionegro, Izana, Uaupés, Uaviare, etc. y que por tanto, no son caníbales, como también ha dicho recientemente [1901] apoyándose quizás en Humboldt ó en Codazzi, ó sugestionado por cualquier relato de los venerables jesuítas, el explorador Rafael Reyes en el Congreso pan-americano reunido en México, al referirse á sus viajes por aquellas comarcas incultas y tan lejanas.

Por otra parte, Codazzi habla por referencias también, pues aunque él dice en su trabajo que "ha visitado las diferentes familias ó tribus aborígenes de Nueva Granada" y que "ha examinado sus costumbres y usos actuales," no es rigurosamente exacto, porque el no viajó ni exploró aquella inmensa zona que atravezó mucho más tarde el infatigable Reyes.

Codazzi, al mencionar en sus trabajos etnológicos la antropofagia, no sólo copió á Humboldt, sino que también bebió en la fuente de Balbi, y lo que es peor, tomó mucho del Padre Gumilla y de otros religiosos españoles y portugueses.

En cambio, en otros puntos dice que los tales indios viven de la caza y de la

pesca y que sus hábitos, etc. son parecidos á los de los indios de los llanos de Casanare y de Apure, "costumbres iguales y carácter tan análogo como peculiar á ellos sólos." Y bien sabido se tiene que ninguno de éstos ha sido antropófago, ni hoy, ni ayer, ni nunca. (*)

***

Felipe Pérez, publicó su *Geografía de Colombia* en 1863 y en ella asienta —también copiando á Humboldt ó á Codazzi— el supuesto canibalismo de los pobres indios.

En la página 52 de la parte correspondiente al Estado de Cundinamarca, dice: "Los indios amorizanas, tribu muy poderosa, que por su lengua parece pertenecer á la antigua nación antropófaga [sic] de los manetibitanos, hacia fines del

(*) Codazzi empezó sus exploraciones en Colombia, como Jefe de la comisión corográfica, en enero de 1850; las interrumpió á causa de la guerra en 1854 y luego las continuó hasta el 7 de febrero de 1859, día en que murió en el pueblito de Espiritusanto, en el Magdalena, sin haber concluído, desgraciadamente, su científica y laboriosa tarea. Le acompañaron el Dr. Manuel Ancízar y Carmelo Fernández, primero, y luego el Dr. Felipe Pérez, Enrique Price y más tarde Manuel María Paz.—NOTA DEL AUTOR.

Siglo XVIII, mandados por su jefe Cucuy, aliado á los portugueses y rival de los guaipunabis, hacía sus correrías sobre el alto Orinoco para cazar hombres, que vendían á los portugueses ó que mataban para alimentarse con su carne."

He allí la fuente humboldtiana; son casi sus mismas palabras, bebidas por el célebre viajero en los libros de los Gumillas y Gillíes, pues debe tenerse en cuenta que el geógrafo colombiano Pérez tomó por guías para su importante trabajo corográfico, entre otros, á Humboldt y á Codazzi; y que en las relaciones etnológicas le sirvieron de norma muchas de las narraciones inexactas de Gumilla y de Casani. Esto por lo que se refiere á los Estados colombianos del Tolima, Boyacá, Cauca, Cundinamarca y Antioquía. El Dr. Felipe Pérez había reemplazado al Dr. Ancízar como miembro de la comisión corográfica de Colombia, establecida en mayo de 1849.

***

Entre las aventuras y relatos novelescos que sobre estas regiones han escrito algunos viajeros, debemos mencionar, en estos últimos tiempos, los del francés Chaf-

fanjon, de los que hablaremos en capítulo aparte, y los del Dr. Modesto Garcés en su viaje de menos de quince días por el Vichada, en 1885.

La obra de Garcés fué escrita en 1889 y publicada en Bogotá con el título de *Un Viaje á Venezuela*, en 1890. No trae las inexactitudes en que incurre Humboldt, que ya hemos apuntado, pero sí la antropofagia!

Sabido es que el Muco, la parte alta del Vichada y la de sus afluentes superiores, están pobladas por piapocos, sálibas, uahibos, etc., pero que de ningún modo son caníbales esas tribus, ni jamás han sido tenidas por tales.

El ingeniero Garcés dice en la página 47 de *Un Viaje á Venezuela:* "La animalidad se siente allí en constante agitación en todos los elementos: en el agua, en el aire, en la tierra, en las selvas se devoran los animales unos á otros, y aún el hombre tiene allí, para baldón de sus instintos bestiales, indios antropófagos, que con ferocidad asechan y se comen á sus semejantes"!

Eso es tan incierto hoy, como cuando él pasó por allí y como en dos siglos atrás. No parece sino que la sugestión se impuso

en el ánimo del ilustrado viajero, sugestión que pudo haber sido producida: bien por lo dicho ya por Humboldt 85 años antes, [repetido por Codazzi, etc. después] ó por los relatos inexactos de los primeros cronistas; ó bien por las informaciones de los indios mismos, ó por el miedo de que parece estuvo poseído cuando dice: "Teniendo por delante lo desconocido y por todos puntos asechanzas y peligros" y "creyendo que el menor ruido era producido por los pasos de los salvajes que iban á buscarnos." "Todavía [cuatro ó cinco años después] nos causa horror aquella bárbara resolución de viajar en noche obscura por un río desconocido. ¡Qué de fantasmos y de luces misteriosas veíamos en todas direcciones!" ¡"Cómo se abisma el espíritu del hombre en situaciones de esa especie! Las creaciones fantásticas y las supersticiones del humano linaje son engendradas por la soledad y el miedo, verdaderos padres de los dioses inventados, y origen de los sitios tenebrosos de ultratumba." [Páginas 58 y 59.]

Con todo, él mismo contradice el tal canibalismo, no sólo porque no presenció hechos de esa naturaleza, sino porque dice en la página 26 que los "guahibos,

achaguas, sálibas, etc. son las tribus ocupantes de aquella extensísima región y no son feroces ni crueles;" y en la siguiente: "Hay algunos indios, en cada tribu, que hablan lo suficiente el español para hacerse entender de los *racionales*, y conservan entre éllos tradición [sic] de sus relaciones con los antiguos misioneros de Casanare. Cuando algún racional penetra hasta sus chozas ó caseríos, le presentan sus hijos y piden para éllos las aguas del bautismo." [Por la probable conveniencia que de tal acción pueda reportarles.]

"Acostumbrados á vivir de la caza y de la pesca, en montañas fértiles y ríos caudalosos, muy poco tienen que hacer para conseguir sus alimentos; de manera que su vida nómade y vagabunda los hace holgazanes y sin ningunos hábitos de trabajo. Cultivan en pequeñas sementeras ó *conucos*, la yuca amarga con que preparan el cazabe y el *mañoc*. etc."

En la página 34 dice que "se hace con éllos algún comercio" y que "sacan *mañoc*, cazabe, resinas, aceites y especialmente *chinchorros de cumare*, algo de zarrapia; pero todo en pequeña escala, pues desconfían de los racionales, y aún los temen."

"Al llamarlos, se adelantó uno y mostró más bien cariño que desagrado. Entendía algo el español y hablaba su dialecto con los prácticos, quienes le ofrecieron sal en cambio de frutas. Aceptó y se fué á traernos algunos plátanos y *auyamas.*" [Página 44.]

En la página 47: que los piapocos "son de buena índole y más laboriosos que las otros;" y ya antes, que encontraron "casas pajizas embarradas y herramientas de agricultura" y que "en Chavilonia [caño Muco] el ganado bramaba mucho;" que su "arribo no causó sorpresa á los indios, antes bien, nos recibieron con muestras de simpatías," etc.

¿Cómo, pues, teniendo esas condiciones que dejamos transcritas y que revelan algo de dulzura en las costumbres, existen allí "indios antropófagos que con ferocidad asechan y se comen á sus semejantes"?

Puro tópico! Si Modesto Garcés se hubiera quedado residiendo por algún tiempo entre esas tribus, indudablemente que de ningún modo habría estampado la palabra "antropófagos," que tan arbitrariamente les aplica.

Afirma que al llegar á Curicaua su-

pieron por los uajibos [fíjese el lector: *por los uajibos*] "que estaban en guerra con los cuibas, que se hallaban acampados en la ribera opuesta, á causa de haber éstos destrozado y haberse comido á un viajero del Vichada"!! [Página 54.]

Cómo un hombre de las condiciones intelectuales del ingeniero colombiano, pudo hacerse cargo de las mentiras de los indios, es aberración que nos explicamos por su absoluta ignorancia de las costumbres de los aborígenes de aquellas regiones. A este viajero le pasó lo que á los otros de que ya hemos hecho referencia: no teniendo tiempo para estudiarlas, quizás recordó á Gumilla, ó á Humboldt, ó los astutos comarcanos le hicieron comprender que había antropófagos allí, y, robustecido su prejuicio, hétenos aquí el canibalismo de los indios del Vichara jamás tenidos por tales.

En efecto, Garcés salió de Cundinamarca á principios de agosto, atravesó los llanos de Sanmartín y parte de los de Casanare, bajó por los ríos Meta, Vichada y Orinoco, y llegó á Atures el 26 de setiembre del mismo año 1885; en resumen, 50 días, para hacer ese largo trayecto y de los cuales sólo once invirtió bajando el

Vichada. ¿Cómo, pues, no habiendo estado en ese río sino dos semanas escasas, pudo cerciorarse del canibalismo de los indios.....?

Oh, poder de la sugestión y del prejuicio!

Para que el lector tenga una idea de la rapidez como marchó, vamos á hacerle el itinerario. El 4 de setiembre salió de Arrastradero y el mismo día se embarcó en el caño de Caracarate, que es afluente del Muco; pernoctó en la desembocadura de aquél y el 5 entró al Muco, el cual bajó en los días 5, 6, 7 y 8 entrando al Vichada el 9, el cual río descendió en once días así: el 10 pasó por Mazauaro, el 11 por Curicaua, el 12 por Boponé, el 13 por Cumariua, el 14 por Raya, el 15 por Macacho y Cubauapure, el 16 por Pucamo y Suaria, el 17 por Uereta y Arebe, el 18 por Sanjuán, el 19 por Morichal y el 20 entró "al Orinoco como á las 12 del día," sin haber visto siquiera los sesenta y tantos pueblecitos del Vichada.....

Cuando Garcés corría por aquellas regiones, nos hallábamos nosotros á orillas del Yuruari, en la zona minera de El Callao, por cierto adolescentes aún, siendo la primera excursión que hacíamos

por el interior de la Guayana venezolana; y estando allí llegó á poco el emigrado colombiano, quien, por otra parte, trae en su obra muy buenos datos acerca de cuanto vió en el tiempo que residió entre los yuruarenses. (*)

***

Como quiera que ya antes hemos mencionado al explorador Reyes, no debemos concluir este Capítulo sin que copiemos algo de sus aventuras, en las cuales hace principal papel la combatida antropofagia. Ellas parecen escritas más bien para llamar la atención por sus rarezas, que para hacer un servicio á la etnología. Y lo más extraordinario del relato, —expuesto en un discurso pronunciado el 30 de diciembre de 1901 ante el Congreso pan-americano reunido en México,— es que á principios del Siglo XX, ó mejor dicho, un siglo después de Humboldt, venga á repetir con toda la seriedad que le diera el cargo de Delegado por Colombia, ante los demás Representantes del mundo americano, que muchas de las tri-

(*) El Dr. Modesto Garcés es hoy Ministro de Obras Públicas de Colombia.—NOTA DEL AUTOR.

bus indígenas con que se tropezó eran antropófagas! Y tánto! ..... que se comieron á uno de los hermanos del explorador.....

Se ve, pues, que ha quedado éste después de cuatro siglos repitiendo lo que desgraciadamente escribieron los primeros cronistas y de que ya antes que él se habían hecho cargo Humboldt y los demás que hemos nombrado. Pero, para que los bondadosos lectores que no conozcan el relato en cuestión, tengan una idea, vamos á transcribirles algunos párrafos:

"..... porque la desastrosa muerte de mis dos hermanos, durante las exploraciones, víctima Enrique, el mayor, de la fiebre, y devorado Néstor, el menor, por los antropófagos del Putumayo....." [sic]

De esto apenas hace 20 ó 25 años; y no está demás advertir que las condiciones étnicas de esas tribus son las mismas que las de los indios que habitan á orillas del Cuyare, del Izana, del Uainía, del Inírida, etc., etc.

"En las extensas selvas en que vagaban [ya no vagan, por fortuna] los salvajes antropófagos [sic] cuando hicimos esas exploraciones, [1875-1885] se sostiene hoy [1901] un importante comercio de varias

decenas de millones de pesos, y se levantan poblaciones de millares de habitantes."

¡Con cuánta rapidez se fué la antropofagía y con cuánta velocidad llegaron el progreso y la civilización de aquellos indios! En menos de un cuarto de siglo todo se ha trocado.....

"Después de grandes fatigas y soportando ya una temperatura de 30° centígrados, llegamos á una vía navegable por canoa, en cuyas orillas habita la tribu de los Mocoas, indios que, aunque salvajes, practican la hospitalidad y no son antropófagos."

Nótese que esta primera tribu que encuentra vive en las cabeceras, es decir en donde por el poco volumen de agua no se puede navegar sino en canoas y por tanto son las más internadas de aquella región.

Y adviértase también que en 1630 —250 años antes que fuera Reyes al Putumayo— habían fundado los jesuítas de Pasto con las tribus de las fuentes de ese río, los siguientes pueblecillos: Santiago, Sampedro, Sebondoy, Putumayo y Mocoa.

"En medio de esa tribu permanecimos un mes [no dice cual] durante el cual conseguimos de los indios una canoa

para seguir nuestra exploración al Amazonas, y seis indios que nos acompañasen en el viaje. Estos no conocían sino 600 millas agua abajo, [mil kilometros de los 2.333 que dice él tiene de curso el Putumayo] y nos informaban que, de allí para adelante, nunca habían pasado, porque los que antes se atrevieron á hacerlo, fueron devorados [he aquí la información india para evitar el contacto con los blancos] por las tribus antropófagas [sic] que habitan la otra mitad del río hasta el Amazonas."

Aquí cabe recordar lo que escribió Gumilla en 1740 que los "indios rehusan decir la verdad y tienen especialísima habilidad para mentir; tan sériamente y con tales circunstancias adornan sus mentiras, que parecen verdad" [Capítulo V, parte I] "y aquí es de saber que la nación más agreste es primorosa en el arte de maliciar como de engañar" [Capítulo XXVII, parte II.]

Y asimismo lo que escribió en 1756 el Padre Fray Antonio Caulín en su *Historia de la Nueva Andalucía*, que los indios son "prontísimos para urdir un embuste, y hacer creer una mentira, como de ella se les siga la consecución del interés que

desean." [Libro I, Capítulo XII] que representan "montes de imposibles cuando conocen intentamos penetrar la tierra, para usar de su licenciosa vida y mantenerse libres de conquista." [Libro I, Capítulo XI] y que "rara vez responden la verdad, sin rastrear primero el fin á que se dirige la pregunta, y así no reparan en repetir mentiras, como imaginen que el sostenerlas les tiene cuenta." [Libro I, Capítulo XII.]

***

El Padre Caulín estuvo en Venezuela cerca de cuatro lustros y acompañó á la célebre Expedición de Solano, en 1756 por el Orinoco hasta los raudales de Atures, desde donde se devolvió. Concluyó su libro en 1759 y en él rectifica muchos errores del Padre Gumilla. Sinembargo, él también trae otros, por ejemplo, en el Capítulo X, Libro I, que de donde se abre el Casiquiare hasta la confluencia del Padamo con el Orinoco hay cinco leguas, cuando hay 50 kilómetros y que los uaribas ó uahariboos son blancos como españoles!

Esta fábula de los indios blancos la repitió medio siglo después Humboldt en

el Capítulo XXIV de su libro y luego Codazzi y otros; pero hace también más de medio siglo que Michelena y Rojas rectificó ese tópico, en la página 346 de su *Exploración Oficial.*

Nosotros mismos hemos visto [1900-1903], uno que otro indio del Padamo y del Cunucuñuma más blanqueados que los otros y aún hasta con los ojos verdosos; pero eso no quiere decir que sean pertenecientes á una tribu de indios blancos; cuando más, acusan esos individuos la herencia de alguno de los blancos que comerciaron con sus padres.

Y acerca del tipo y del color que distinguen á las razas, la ley de herencia es siempre igual, ó acaso modificada por el medio ó el clima en que se agiten sus representantes. La raza blanca dará siempre blancos, la amarilla, amarillos [ó cobrizos] y la negra, negros siempre. De suerte, que llegado el caso en que sean muy notables las manifestaciones más ó menos obscuras de los pigmentos y de otras circunstancias, fisonómicas [cabellos, labios, narices, etc.] tendremos también que recurrir juiciosamente á otra ley de herencia, el cruzamiento, para explicarnos el ó los casos que puedan presentarse.

Todos los indios que hemos visto, oído y tratado desde las costas nortes de la América meridional [Península de Paria, Cumaná, Barcelona, Píritu, etc.] hasta los manetibitanos ó uanimaneses del Rionegro, al Sur de Venezuela, tienen las mismas condiciones fisonómicas que los situados al Sur del Amazonas, hasta el extremo inferior del Continente: ojos negros, color de la piel aceitunada [á veces con modificaciones leves,] cabellos negros y lisos y general ausencia de barbas. Condiciones éstas exactamente iguales á las de los indios que descubrió Colombo en las Antillas, hace más de cuatrocientos años.

***

Pero continuemos.

"Lanzamos nuestra canoa á merced de la corriente de ese río desconocido [parece que no llevaban canaletes ó pagayas] al cual dejamos el nombre que le daban los salvajes *Putumayo*, aguas claras, en el idioma siona."

Después de un mes de navegación "llegamos hasta un punto conocido por los salvajes de Mocoa, ó sea una extensión de 600 millas ..... Visitamos las tribus

nómades que nos trataron con benevolencia y hasta con generosidad obsequiándonos con provisiones ahumadas, productos de la caza y de la pesca, que constituyen su principal ocupación."

Estas costumbres son las de todos los indios puros de la América intertropical.

Sigue Reyes: "Esas tribus son: los cosacuntis, los montepas, los tohallá y los inquisilla, todas bien formadas y constantes migradoras en busca de la caza y de la pesca. Apenas tienen habitaciones de ranchos de paja y cultivan pequeñas plantaciones de plátano y yuca, que se extienden en los claros de la selva, las cuales derriban con hachas de piedra [¿las tribus del Putumayo á fines del Siglo XIX con hachas de piedra!] y consumen con el fuego....."

Por lo que se observa, las tribus que deja mencionadas el explorador tienen ranchos y cultivan plátano y yuca; sinembargo, afirma que son migradoras.

Ahora viene lo más grave.

"Entrábamos á la región habitada por los indios antropófagos [es decir, á la parte más navegable del río, á la parte que desde casi dos siglos antes tenían conocida españoles y portugueses.] La

primera tribu con quien teníamos que entendernos era la poderosa y guerrera de los mirañas. Nuestros compañeros los indios de Mocoa, nos notificaron categóricamente que de allí para adelante no seguirían y que debíamos buscar canoas y bogas ó tripulantes de aquella tribu, porque éllos se devolvían. Así lo hicimos, saltamos á tierra y con un intérprete [?] nos dirijimos á la primera ranchería."

Qué raro que siendo caníbales los mirañas, fueran los mocoas á servir de intérpretes á Reyes, cuando "*nunca* habían pasado por allí porque los que se atrevieron á hacerlo fueron devorados por los antropófagos"!

"En ella [la ranchería] encontramos á su poderoso Jefe *Chúa*, ó tigre, hermoso joven, de esbeltay atlética figura, de edad de unos 30 años; nos recibió como amigos, nos tendió la mano, signo inequívoco de amistad entre aquellos salvajes y nos invitó á entrar en su cabaña."

Por estos rasgos compréndese la inteligencia de aquellos indios: dan la mano en demostración inequívoca de sociabilidad como unos londonenses y llevan la finura hasta invitar á sus hogares á los forasteros, circunstancias éstas que, indu-

dablemente, dejan entender estaban cansados de ver á los blancos con quienes tratarían quién sabe desde cuando, pues, como es sabido, los indios no reducidos nunca se saludan dándose las manos. Sin embargo dice el explorador colombiano que son caníbales!

"Era yo el primer hombre blanco que veían aquellos salvajes y por lo mismo fuí el objeto de su curiosidad infantil."

Debemos observar, que ya desde 1703 los jesuitas de Quito y los franciscanos de Popayán tenían fundadas poblaciones en el Putumayo, —de que viene hablando Reyes— y que "por espacio de más de un siglo los especuladores de sangre humana [la trata] remontaban el Yupurá y el Putumayo en busca de infelices indígenas para esclavizar y vender" (*) sin que jamás encontrasen una tribu antropófaga. Los establecimientos fundados en el Putumayo desde su desembocadura para arriba, precisamente donde dice Reyes que habitaban los caníbales, eran Sanfernando, Sanantonio, Asunción, Sanjosé de Yaguas, Sanramón, Agustinillo, Concepción y Miraña.

(*) «Exploración Oficial,» por Michelena y Rojas, Página 509. Unica edic. 1867.—NOTA DEL AUTOR.

Cuando Michelena hizo sus viajes por el Amazonas y sus afluentes, pidió por los años 1855-56 al Presidente de la Provincia de Amazonas, en el Brasil, "la protección necesaria para la exploración de los tributarios del Amazonas, especialmente del Yupurá y del Putumayo ó Iza." Y luego habla extensamente de este río diciendo, en 1856, que tiene 1333 kilómetros de curso y que están sus cabeceras en los Andes en la parte que corre por Nueva Granada, cerca de las montañas de Pasto entre 1º de lat. Norte y 35' de lat. Sur."

En la página 291 de la Geografía de Balbi, se lée: "El Putumayo tiene su origen en la ciénaga de Sebondoy á la parte Sur Este del páramo de Aponte, situado en la cordillera oriental de Pasto, al Sur de Iscansé."

En 1876, Simpson visitó ese río y describió su curso; lo mismo Crevaux, tres años después.

Por todo esto se verá que son impropias las aserciones del explorador Reyes, cuando afirma en pleno Congreso Pan-americano á principios del siglo XX que "lanzamos nuestra canoa á merced de la corriente de ese río desconocido, al cual dejamos el nombre que le daban los sal-

vajes, *Putumayo;* y más adelante: "el río Putumayo, descubierto y explorado por nosotros"!

Y de esas exploraciones de Reyes sólo hace cuatro ó cinco lustros!

Para los primeros años del siglo pasado, escribió Humboldt en la página 224 del tomo IV de su ya citada obra, lo que sigue: "En el Putumayo ó Iza, las misiones españolas más meridionales, llamadas las *misiones bajas*, servidas por religiosos de Popayán y de Pasto, no se extienden hasta la confluencia con el Amazonas, sino solamente hasta 2º 20' de lat. austral, que es donde están situadas las aldeas de Mariva, Sanramón y la Asunción. Los portugueses son dueños de la embocadura del Putumayo."

Y en la página 226: "La tortuosidad extraordinaria de la frontera entre el alto Rionegro y el Amazonas, nace de haberse introducido los portugueses en el río Yupurá, subiendo hacia el N. O. al paso que los españoles han bajado el Putumayo." Y véase también lo que en la página 219, tomo III, dice acerca de ese río *desconocido, descubierto* y *explorado* por los hermanos Reyes á fines del mismo siglo!

Continuemos.

"Celebraban una fiesta á la luna llena y nos ofrecieron de sus manjares de carne humana, de indios huitotos, enemigos de los mirañas, que habían hecho prisioneros." Esto es un puro cuento frailesco.

Individuos que cultivan plátanos y yuca en sus sementeras ó conucos, que tienen ranchos ó cabañas, [ittotos] á donde llevan á los forasteros, que viven también de la caza y de la pesca en lugares abundantísimos por cierto y que saludan dando la mano "en señal inequívoca de amistad," no son migradoras ó nómades; más bien revelan estas condiciones ciertos puntos de relaciones sociales que mal cuadran con los manjares de carne humana de que habla este explorador.

"Por medio del intérprete [recuérdese que no había sino mocoas y mirañas y que aquéllos no trataban á éstos porque temían ser devorados] pedimos á Chúa, quien desde aquel día se hizo nuestro amigo y siempre nos fué fiel, llevando su cariño hasta tomar mi nombre, pues se llamó en adelante Rafael Chúa, que nos diera canoas, provisiones é indios para continuar nuestra marcha al Amazonas..... Despedimos á nuestros compañeros los

mocoas y nos quedamos de huéspedes de los mirañas. Permanecimos entre éllos por quince días [tiempo suficiente para haber sido devorados] durante los cuales les acompañamos en sus expediciones de caza y pesca." [Cuyo producto anterior fué confundido con "carne humana de indios huitotos," si es que hubo el tal festín á la luna llena.]

"Pasado este tiempo, Chúa nos dió una canoa grande y diez robustos y jóvenes tripulantes para continuar nuestro viaje al Amazonas."

De todo esto se desprende, para los que hemos tratado á las tribus incultas y estudiado sus costumbres, que Reyes se condujo bien con éllos, lo cual comprendieron perfectamente los indios, pues son inteligentes como hemos dicho; pero que no obstante esa conducta, ellos no deseaban sino que se fuera cuanto antes.

"Visitamos é hicimos amistad con las tribus antropófagas [sic] de los huitotos, beneció, orejones, carijonas, garaparana y campulla. Todas éstas nos recibieron y trataron con benevolencia y generosidad."

Aquí cabe recordar que, precisamente, desde la desembocadura del Putumayo aguas arriba, ó sean las regiones ocupa-

das, según Reyes, por los tales *antropófagos*, había sido recorrida también desde 1835 por su compatriota Blas Santacruz, quien negociaba con aquellas tribus sin que jamás las viera comer carne humana, ni siquiera en un mísero festín á la luna llena, verificado en "esas selvas vírgenes que pueblan el cocodrilo, la serpiente y el jaguar en concurrencia salvaje con el indio nativo."

Asimismo es dable recordar que 30 años más tarde un hijo del referido Santacruz, nombrado Hipólito, fue empleado del Gobierno colombiano en aquella misma región, por la cual pasó después el explorador Reyes; y aquel comisario que tantos años residió, como su padre, con vivienda propia entre aquellas tribus, tampoco las afrentó con el absurdo sambenito. [Véase la obra *Fronteras Amazónicas*, páginas 14 y 15, por el colombiano Demetrio Salamanca.—1905.] (*)

Y bien sabido se tiene, hace muchísimos años, que los individuos de esas tribus y otros incultas de aquellos contornos, son con sus enemigos ó con quienes

(*) Salamanca fue de los compañeros de Reyes, en sus viajes. Residió 25 años en aquellas localidades y fue quien condujo hasta Bogotá los restos de Enrique Reyes.—NOTA DEL AUTOR.

algún mal les han hecho, vengativas, crueles, asesinas, feroces, pero caníbales nunca. Y de esto, el mismo Reyes es testigo, cuando dice: "Debemos reconocer que durante diez años que hicimos exploraciones en el Putumayo, en el Amazonas y en sus afluentes, nunca fuimos amenazados ni atacados por los salvajes," lo que no dice relación con la supuesta antropofagia de que tánto habla para venir luego á esta conclusión: "lo que por desgracia no aconteció con nuestro hermano menor, Néstor, quien fué devorado por los antropófagos del Putumayo," y eso ya á fines del siglo de las luces!

Además, él no vió el festín humano, y sólo se concreta á decir más adelante: "Néstor, mi hermano menor, se perdió explorando las selvas del Putumayo, en donde, como antes queda dicho, fué devorado por los salvajes." [De cuál tribu?]

¡Qué prurito! ¿Por qué no decir que en medio de las selvas murió de fiebre ó de hambre, ó fue victimado por una serpiente, ó devorado por las fieras, lo que sí pudo suceder?

Quizás por la sencilla razón de conmover los ánimos con el relato de quimeras anacrónicas.....

La Idea, periódico de Bogotá, número 42, fecha 20 de julio de 1905, refiere el incidente así: Néstor "fue compañero de su hermano Rafael en las exploraciones del Putumayo. Quedó con varios salvajes en Puerto Sofía, término de la navegación por vapor, y su hermano Rafael siguió á explorar el Caquetá. En noche lluviosa fue alcanzado por un salvaje, que sin descanso navegó río abajo en débil canoa, con una infausta nueva: su hermano se había perdido en las selvas. Durante tres días lo habían buscado y todo había sido inútil..... Esa misma noche, con tres tripulantes, regresó en la canoa que trajo la noticia fatal..... Al otro día, como rayo de consuelo en su amargura, divisó una canoa que bajaba. ¡*Lo encontramos!* gritó el tripulante sobre el silencio de las aguas. ¡Encontrado sí, pero su esqueleto!....."

Y este esqueleto fue hallado "en una playa desierta," de donde fue "recojido por su hermano".....

Y aquí cabe preguntar: por fin, dónde fue encontrado ¿en las selvas ó en la orilla del río?

Y si aconteció el hallazgo en las márgenes del Putumayo ¿por qué no pensar

que Néstor, se ahogó y, arrastrado después su cadáver por la corriente, fue á recalar á una playa solitaria donde las aves ó las fieras concluyeron el trabajo de los peces?

Cuando Reyes empezó aquellos viajes apenas contaba 18 años..... (*)

Con lo copiado basta; pero si alguien quisiera seguir el "interés" de esa narración, léase en el *Monthly Bulletin of the International Bureau of the American Republics*, número 101, volumen XII, correspondiente á febrero de este año, [1902] que se publica en Washington; ó en las páginas 900 á 920, tomo II de *Anales Diplomáticos y Consulares de Colombia*, 1901, en las cuales la insertaron de una lujosísima obra que publicó en México, el referido explorador, en cuatro ó cinco idiomas, como para mejor difundir la leyenda de su ingenio, con un prólogo del famoso Juan Coronel.

(*) De entonces acá han transcurrido más de treinta, y no obstante, Reyes es el mismo sér moral. Hombre de profundas convicciones religiosas, conserva aún las mismas impresiones y creencias y todavía saluda quitándose el sombrero al pasar por delante de la puerta mayor de las iglesias; ó reverenciando al Santísimo y haciéndole oraciones mentales, permite aún sangrientos patíbulos el que es hoy todopoderoso Presidente de Colombia.....—NOTA DEL AUTOR.

¡Cuánta diferencia entre el trabajo de Reyes y la memoria leída en el Congreso científico del Uruguay por su autor el filólogo peruano doctor Patrón! En ella demuéstrase la íntima relación que existe entre la civilización y lenguas de algunas tribus suramericanas con las de los antiguos asirios y caldeos, llegando á probar que aquéllos conocían la escritura cuneiforme de los últimos. (*) En el discurso de Reyes se habla de antropofagia!

***

En resumen, y para concluir este Capítulo, desentrañemos en pocas palabras la historia del espantoso mito multicéfalo.

(*) Véase la obra "Origen de las lenguas americanas," por Pablo Patrón.—1902.

Y son de recordar aquí á este respecto, los trabajos de Vicente Fidel López, Girgois, d'Orbigny, Barberena, etc. y los de nuestro compatriota Carrascosa, quien además presenta una piedra escrita con carácteres cuneiformes, hallada en las montañas de Sarare y que "parece haber sido mutilada por los conquistadores españoles." El grabado de esa piedra no deja duda de que son caracteres cuneiformes semejantes á los de los asirios.

¿Tendrá razón el genio esclarecido de Humboldt, cuando dijo en sus "Cuadros de la Naturaleza" que los geroglíficos indios de estas regiones son huellas "de una civilización antigua que se remonta á una época en que no se conocían aún ni los nombres ni el parentesco de las razas que distinguimos hoy"? [Página 195.]—NOTA DEL AUTOR.

El 12 de octubre de 1492 pisó tierra del nuevo mundo el Almirante Colombo. Para fines de noviembre había descubierto, además de la de Sansalvador, varias otras islas, entre ellas Cuba y Haití. En esta se detuvo 40 días, en cuyo lapso, hizo levantar una casa fuerte en el pueblo de Uacanagari, cerca de la desembocadura del río Uarico en las costas de dicha isla. Colombo, como es natural, no conocía el idioma de los indios ni éstos el de los españoles y en menos de dos meses no pudieron aprenderlo; sinembargo, aquellos "ilustrados" castellanos, sin intérpretes, entendieron que los indios les decían que hacia el Oriente había pequeñas islas [las Lucayas, Barbadas, Gigantes, etc.] unas pobladas por amazonas ó sean las mujeres sin marido y más belicosas que el Cid Campeador; otras donde residían hombres que comían carne humana y que eran muchos, grandes y valerosos; y otras, en fin, donde corrían arroyos de oro.

El 4 de enero de 1493 salió Colombo de Navidad, que así se llamó la casa-fuerte inaugurada el 24 de diciembre anterior, con rumbo á España, á donde llegó el 15 de marzo siguiente, conduciendo algunos indígenas, oro, pájaros y curiosidades que

había embarcado en la Española, ó sea Haití.

Ya iba en la mente de Colombo y de sus compañeros el germen del terrible minotauro.

Emprende su segundo viaje, y sale de Cádiz el Almirante el 25 de setiembre de 1493; desde el 3 de noviembre empieza á descubrir las pequeñas Antillas; llega á la de Turuqueire [Marigalante] envía á tierra algunos de sus "eruditos" marineros con el propósito de reconocerla. Los españoles encuentran mejores casas, labores y tejidos de telas, muebles y utensilios muy bien trabajados, estatuas de madera, ostentando á sus piés sendas culebras entalladas, provisiones en abundancia de carne fresca y armas muy bien construídas. A la llegada de los estrangeros los indígenas corren, huyen; unos se van al monte, otros se esconden en sus chozas. Y no es eso todo: aquellos supersticiosos europeos, que ya "sabían" que por allí había antropófagos, por lo que entendió Colombo, sin intérpretes, de los indios haitianos, quedaron sobrecogidos al ver colgando de los techos, á la par de los jamones de cerdos monteses y de venados, cuartos de *arauatos* y cabezas de estos animales sirviendo de recep-

táculos á cualquier líquido ..... exactamente como lo hacen aún hoy los indios de nuestras selvas.

Qué horror! Corrieron á bordo, propagaron el descubrimiento junto con la noticia de su ignorancia, sembraron aquella en terreno abonado y..... después: la codicia, el fanatismo, la crueldad y hasta la astucia de los indios mismos contribuyeron á infantar al mónstruo, que llegó á tener colosales proporciones y que hoy en medio al estertor de su agonía, desaparece al estrujón formidable del Análisis crítico y aventado como mísera pajuela, por el soplo de la Filosofía de la Historia.

CAPITULO VIII

Gobernantes—Sus nombres—Intrigas—Historia—Municipalidad—Casos curiosos.

. . . . . .

CAPITULO IX

Revoluciones—Destrucción de archivos—Asesinatos—Represalias—Ruinas—Juicios de algunos Gobernadores—Rectificaciones—Combates—Documentos.

. . . . . .

Y como complemento á los Capítulos que dejamos copiados, leánse los siguientes:

CAPITULO X

Fundación de poblaciones--Nombres antiguos—Historia—Hipólito Cuevas—Malhechores—Consideraciones—Caciques y mujeres notables.

La misión de jesuítas establecida en el alto Orinoco, se fundó en Carichana en 1734, bajo la dirección del Padre Manuel Román. Para esos mismos años se estableció en la boca del Paruaza otra con el nombre de Sanjosé, habitada por indios mapoyes. En 1736 se construyó, asimismo, en lo alto de la roca Paruaza una casa fuerte de tres baterías. En 1739 se fundaron, entre la boca del río Sinaruca y el Meta, las misiones de Santabárbara y Sanfrancisco Regis, con indios yaruros. En la boca del último río nombrado, se inició la colonia de Santateresa, con indios sálibas, y en el raudal de Tabajé [hoy Samborjas] la de Sanfrancisco de Borjas, con algunos yaruros; después otra en Pararuma en 1774, y á fines del siglo, 1798, se había ensanchado la de Sanfrancisco.

La fundación de algunas de las poblaciones que aún existen en el antiguo Cantón Rionegro ó Territorio Amazonas, hoy, y de otras que ya han desaparecido, es ésta, conviene á saber:

Atures, 1ª vez, fundado por

Fray Ignacio Fiol, en . . . 1682
Atures, 2ª vez, por Fray Francisco del Olmo, en 1734
Atures, 3ª vez, por Fray Francisco González, en 1748
Maipures, fundado por la Expedición de Solano, en 1756
Maipures, 2ª vez, por disposición del gobernador de Guayana, D. Manuel Centurión, en . 1768
Sanfernando de Atabapo, por la Expedición de Solano, en . 1756
* Sanfernando de Atabapo, 2ª vez, de orden del Gobernador Centurión, después de la muerte del jefe indio Crucero, en 1768
Santabárbara, por la Expedición de Solano, en 1757
Santabárbara, 2ª vez, por Centurión, en 1769
Esmeralda (*) por la Expedición de Solano, en 1759

(*) "Sanfrancisco de Asis en el sitio de la Esmeralda, en el alto Orinoco, fundado por el capitán poblador y cabo del Casiquiare D. Apolinar Diez de la Fuente, tambien con iglesia, convento y casa fuerte." «Memorial» de 17 de marzo de 1768, de Fray Joseph Antonio de Xeres, Prefecto del alto Orinoco y Rionegro.—NOTA DEL AUTOR.

Solano, por la Expedición de Solano, en 1759
* Solano, 2ª vez, por el Gobernador Centurión, en 1768-69
* Sancarlos, por la Expedición de Solano, en 1760
Sanfelipe, por la Expedición de Solano, en 1760
Santagertrudis, por la Expedición de Solano, en 1760
* Maroa, por el jefe indio Maroa, en 1760
* Baltazar, por la Expedición española, en 1757-59
* Yabita, por el Jefe indio Yabita, en 1759
Pimichín, por el mismo Yabita, en 1759
Quirabuena, por misioneros españoles, en 1768
Sanmiguel, por Francisco Fernández Bobadilla, en 1775
Samborjas, 2ª vez, por misioneros españoles, en 1798
Tomo, por misioneros españoles, (*) en 1805

(*) Fue incendiado en 1819.—NOTA DEL AUTOR.

* Sanmiguel, 2ª vez, por misioneros españoles, en 1805
Tiriquín, 1ª vez, por los patriotas, en 1820
* Buenavista, por el indígena Remigio Tapo, en 1827
* Tiriquín, 2ª vez, por la indígena Rosa Layo, en ... 1832
Mauaca por Francisco Arnaud, francés, en 1836
Santacruz, por el indio Carlos Mabajate, en 1836
Tomo, 2ª vez, por el indio Cayetano Tacupare, en 1838
* Tigre, por el indio Pedro Uuiní, en 1838
Tabaquén, por el indio Lorenzo Carita, en 1839
* Tomo, 3ª vez, por el indio Juan Yuchupa, en 1839
Yáchibo, por Diego Pina, en ... 1843
Minicia, por Pedro Juaquín Ayres, en 1843
Dorotomoni, por el brasilero Pedro Joaquín Ayres, siendo Director de la Reducción, en 1843
* Victorino, por el indígena Victorino Yabinapi, en ... 1843
Santacruz de Atabapo, por el in-

dígena Joaquín Morito, en 1844
Sanjuán Benito, por el indígena Romualdo Mayuata, en . . . 1844
Sanjoaquín, por P. J. Ayres, en 1844
Pimichín, 2ª vez, por Joaquín Pereira, brasilero, en 1845
Ponciano, por Fray Fidel de Vidrá, español, en 1846
Yátua, por Custodio Rodríguez, en 1849
* Amanadona, por el indígena Joaquín Bolívar, en 1873
* Humboldt, por el indígena Bernardo Uachúpiro en . . . 1874
* Guzmán Blanco, con indígenas por disposición del gobernador Fuentes, en 1874
Murciélago, por Andrés Curubuyare, indígena, en 1876
Sanjuán Benito, 2ª vez, por Enrique Yaniba, indígena, en 1876
* Caracas del Yari, por indígenas, en 1876
Democracia, por Manuel Añez, en 1876
Santarrita, por Bonifacio Dorante, en 1882
* Colón, por el indígena Ramón Payema, en 1883

* Corona, por el indígena Tomás Daya, en 1885
* Michelena, por el indígena José Antonio Luí, (*) en 1901

Los que van marcados con * existen todavía.

Casi todos los demás pueblos que no se mencionan en este cuadro, son de reciente fundación, desde 1870 para acá, por tribus aborígenes.

La mayor parte de las poblaciones situadas para el siglo XVIII al sur de los raudales de Maipures hasta el Rionegro, etc. fueron fundadas por oficiales de la célebre Expedición española de límites ó bajo el Gobierno de Centurión, desde 1756 á 1770; y por lo que respecta al siglo XIX, salta á la vista que las épocas en que hubo más fundación de poblaciones, fueron las de 1842-46 y las de 1870-85; es decir, cuando la Dirección y Reducción de indígenas, en que el Gobierno destinaba dinero, ganado, herramientas y mercaderías para los indios, y cuando los Gobiernos de la Regeneración, quienes, si no enviaban los recursos mencionados, en cambio dispusieron que las importaciones al Rio-

(*) Abandonada dos años después.—NOTA DEL AUTOR.

negro, estuvieran exentas de impuestos aduaneros, favoreciendo así al comercio y habitantes de aquellas regiones, y erogando, además, anualmente más de cien mil bolívares por presupuesto de gastos para los empleados.

Otros nombres tenían también algunos de aquellos pueblos. Véanse á continuación:

Quirabuena, se llamó Nuestra Señora del Triunfo y asimismo La Ascención.

Esmeralda, se llamó Sanfrancisco y asimismo Concepción.

Castaño, se llamó Sanfrancisco de las Llagas.

Minicia, se llamó Santa Margarita.

Atures, se llamó Sanjuán Nepomuceno.

Santacruz de Atabapo, se llamó Uasacame.

Sanfernando, se llamó Maracoa.
Maroa, " " Sangabriel.
Maipures, " " San José.
Mandauca, " " Santaisabel.
Tuparro, " " Santaisabel.
Mauaca, " " Sampedro.
Dorotomoni, " " Sanjorge.
Ponciano, " " Santaágueda.
Yátua, " " Sancustodio.
Yáchibo, " " Santaisabel.

Tigre ó Uaribén, se llamó Santalucía.
Guzmán Blanco, " " Sanmiguel.
Cerro de monos, " " Sanrafael.
Chamuchina, se llamó Sampedro.
Santacruz, " " Mabajate.
Buenavista, " " Sampedro.
Solano, " " Sanfrancisco.
Tiriquín, " " Santarrosa.
Tomo, " " Santodomingo.
Victorino, " " Sanantonio.
Tabaquén, " " Sanjuán.
Yabita, " " Sanantonio.
Pimichín, " " Santarrosa.
Zama, " " Santaclara.
Caranacoa, " " Sanjoaquín.
Baltazar, " " La Pastora.
Amanadona, " " Santarrosa.
Humboldt, " " Uachúpiro.
Túsare, " " Sanramón.
Cunucunuma, " " Sanjosé.
Aramare, " " Sanfrancisco.

***

Los indígenas pagaron también su tributo á la Independencia nacional. Para octubre de 1817 entró á esas regiones el capitán Hipólito Cuevas con 80 hombres de los patriotas, y puede decirse fue el libertador de los pueblos del alto Orinoco

y Rionegro; y, no obstante la índole mansa de sus habitantes, tuvo que luchar más tarde con las sublevaciones de los pueblos de Maroa, Tomo y Sanmiguel, logradas, á favor de intrigas y mentiras, por los que sostenían allí el Gobierno ibérico como José Benito López, José María Suárez y Francisco Orozco, quienes, al fin, tuvieron que huir bajando el Rionegro hasta Marabitana.

En mucho ayudó al referido capitán el teniente Manuel de Echeverría, oficial que fue del general Montilla, que recibió cinco heridas en la acción de Cojedes é hizo después toda la "campaña del Reino con el general Urdaneta."

El capitán Cuevas había sido oficial del general Páez, é invadió por su cuenta las regiones del alto Orinoco —arriba de los raudales— procedente de Apure. El y Echeverría fueron las primeras Autoridades que tuvo la República en aquellas localidades.

De una nota del primero dirigida al señor General de División [Tomás Montilla] Gobernador para entonces de la Provincia de Guayana, tomamos:

"Conducido por mi patriotismo intenté la libertad de estos pueblos, y sin

ningunos auxilios reuní los hombres que pude, solicité algunas armas y pertrechos y me destiné á libertar á mis hermanos del tirano Gobierno español que los oprimía, sufriendo de mi peculio la mayor parte de los gastos que fueron indispensables para la empresa; en efecto, la suerte me fué feliz disipando á los tiranos que guarnecían los diversos puntos del Alto Orinoco y Rionegro; trabajé en reunir sus habitantes que vagaban dispersos por los montes por temor de nuestras armas, sobre que estaban engañados y entusiasmados por los enemigos de que no perdonábamos á nadie; los desimpresioné y reduje á sus pueblos, los he instruido en parte en los sagrados derechos que les asisten, —la tiranía y esclavitud con que los tenían los españoles; en fin, con mis persuaciones he conseguido que se mantengan tranquilos, dedicándolos á continuar sus tareas y trabajos, etc. . . . . .

"Esta flechera me parece muy conveniente al pie de los raudales, para perseguir las partidas que continuamente se levantan en el río, de facciosos que inquietan la sociedad y paralizan el comercio. [*]

(*) Por lo que se ve no son nuevas las tales partidas de malhechores.—NOTA DEL AUTOR.

"La inocencia y sencillez de estos habitantes y el mucho amor que les tengo, y éllos me profesan por ser el instrumento de su libertad, me hacen suplicarle que en caso de dirigir á estas fronteras otro jefe, sea un sugeto desinteresado, que no los venga á tener como esclavos y á tratar como brutos; y de ningún modo á los dos últimos comandantes que tuvieron, Francisco Orozco y José Benito López, pues á estos hombres los detestan y abominan, y máxime cuando recuerdan la tiranía con que los gobernaron en tiempo del gobierno español, y otros motivos que ahora no expongo y que tal vez habrán llegado á continuación de Ud. . . . . .

"Salud y Libertad.—Maypures, sept. 4 de 1818.—8º

Ipólito Cuebas."

Este mismo Cuevas fue más tarde Coronel de la República, y se firmó Hipólito de la Cueva. En 1859 era Gobernador de la Provincia de Barinas, donde, sitiado por las fuerzas del general Ezequiel Zamora en los días 15, 16 y 17 de abril de ese año, se portó valientemente. Su conducta en esa vez fue tan brillante que le unieron al cargo civil que desem-

peñaba el de Jefe de operaciones militares. Empero, para el mes siguiente fue derrotado en Barinitas, yéndose para Mérida. De aquí regresó con fuerzas y en la quebrada de la Bellaca, tras recio choque contra las fuerzas federales que atacaban, quedó destruído á mediados de junio.

Por el contexto de la nota de Cuevas, se ve que no fueron los pueblos del Rionegro los últimos en apartarse del Gobierno español; muy al contrario: desde ese año se redimieron para formar parte del Gobierno de Guayana, ya ésta en poder de los pa triotas, gracias al genio colosal de Manuel Piar.

Los indígenas tuvieron conciencia de su emancipación del Poder ibérico. Sometidos éllos á la dirección de los misioneros, al llegar los republicanos á aquellas regiones, empezaron á desconocer la influencia religiosa imponiendo desde luego á casi todos sus poblados el nombre primitivo y empezaron á gozar de mayores franquicias.

En efecto, "con la independencia nacional—dice Michelena en su *Exploración Oficial*, página 329— vino también la de aquellas poblaciones del régimen monacal á que estaban sometidos; y por una parte

salían los misioneros, que casi todos bajaron el Rionegro hacia el Brasil, y por la otra entraban las autoridades políticas de la República, ó eran nombradas desde Angostura dentro de los mismos venezolanos residentes ó que venían allí á hacer algún comercio con los naturales. No hay duda alguna de que la libertad que disfrutó el indio desde entonces, unida á la del comercio que ha existido por cuantos han querido traficar ó establecerse en aquella parte, han dado mejores resultados que el antiguo régimen, por el cual se les separaba de todo tráfico y contacto con la raza española ó de origen; y mucho mayor hubieran sido aquéllos, si las autoridades que han estado enviando allí desde entonces, en lugar de estar ocupadas en amparar al indio y protegerle en sus intereses, no hubiesen ido todas ellas á hacer el comercio con más ó menos ratería, con más ó menos crueldad, pero todos ejerciendo un monopolio escandaloso, contrario á ese mismo principio que rige en la República, de libertad de comercio . . . . . ”

*
* *

Después de fundado Sanfernando de Atabapo en el río de este nombre y frente

á la desembocadura del Uaviare, el primer comisario que tuvo fue Crucero ó Cusuro, jefe de los puinabes ó uaipunabes, que vivían y aún viven en el Inírida. Estos en ese tiempo y antes, bajo el mando de Macapo, ejercieron plena dominación en ese río. Después de Crucero, surgió Maracoa, el jefe indio que dió su nombre á Sanfernando. Los puinabes fueron amigos de los españoles debido á la inteligencia y tacto con que los trató Don José Solano; constituían una tribu trabajadora, poderosa y valiente, tánto que, según los frailes, contuvo la invasión de los caribes —que ya habían derrotado á los uajibos y á los piaroas ó maipures— y sostenían guerra con los marabitanos y otros del Rionegro, quienes al mando de su intrépido jefe Cucuy, poblaban ese río y ejercían en él absoluto dominio, como rivales de los del Inírida. Hoy los puinabes se van internando y degenerando mucho. ¿Será que la civilización [sic] es causa también de destrucción para la pobre raza indígena?

Más de un siglo después que los aventureros españoles atravesaron "el océano de Alcides, como nuevos argonautas, para venir á pillar el vellocinio de

oro de los americanos," dominaban los valientes caribes el Orinoco hasta los raudales, y aún llegaron hasta el Vichada; (*) y los puïnabes ó uaipunabes desde los raudales hasta el Atabapo, residiendo en este río, en el Inírida y en el Uaviare. Poco tiempo después de fundado Sanfernando, Crucero, con quien los misioneros del Orinoco habían tratado de hostilizar la real expedición de límites, abandonó ese pueblo y se fue á la jurisdicción del Sipapo, donde murió en 1764. [Estos relatos de los religiosos fueron repetidos por Humboldt, Codazzi, etc., etc., etc.]

También se mencionan como jefes indígenas, —*zaliánarzi* ó *iumairic*— importantes: á Uarena, jefe de los macos ó maquiritares y amigo de los españoles; á Imo, á Cajamo y á Uaicaua, que dominaron en el Rionegro; á Mara, á Damare y á Uayauayare; á Jocobo Yabita, fundador de pueblos, amigo de los portugueses y vencido por Cucuy; á este mismo Cucuy, fundador del extinguido pueblo de Santiago, en el Rionegro; y, finalmente, á Maroa y á

(*) En una nota que trae el Mapa-itinerario de Humboldt en el 3r. tomo de su obra, dice que "las cabeceras del Atabapo eran frecuentadas en otro tiempo por los caribes," lo que desmiente la afirmación de los frailes.—NOTA DEL AUTOR.

Dábipe, quienes dieron sus nombres á pueblos del Uainía. Con excepción de Uarena, todos los demás pertenecieron á la gran nación marepisana, manebitana ó baniba.

Hablando de Yabita dice Humboldt: "Aún vivía el viejo capitán Yabita cuando pasamos nosotros al Rionegro; él es, como hemos dicho, un indio de mucho vigor de espíritu y de cuerpo; se produce muy bien en castellano y ha conservado siempre una cierta influencia en las naciones [tribus] vecinas. Nos ha seguido él en todas nuestras hervorizaciones y nos ha dado verbalmente muchos informes tanto más útiles cuanto que los misioneros le creen muy verídico. Nos ha asegurado que en su juventud ha visto alimentarse de la carne humana [sic] á casi todas las tribus indias que habitan las vastas regiones entre el alto Orinoco, el Rionegro, el Inírida y el Yupurá. Los daricabanas, los puchirinabis y los manetivitanos parecen ser, según él, las tribus más antropófagas." [*Viaje á las regiones equinociales*, página 189, tomo III.]

¡Cómo se dejó sorprender un sabio por la astucia de un indio!.....

Pero continuemos.

Desde el tiempo de aquellos Jefes indios que acabamos de mencionar hasta la aparición de Túsare y más tarde de la de Aramare, hay un vacío de cerca de medio siglo.

Túsare y Aramare, fueron inteligentes y emprendedores capitanes maquiritares: el primero murió en 1858 y de él habla el viajero Michelena y Rojas, y el segundo, cantado por la musa de Gorrochotegui, falleció en abril de 1896.

Venancio Camico, que acaba de morir, [1902] ejerció una autoridad grandísima entre los indios. Pertenecía á la gran nación baniba y vivió en el caño de Aque. Se le llamaba "el Dios de Mane."

Aparte de éstos no conocemos más, pues aquéllos á quienes nos hemos dirigido indagando sobre sus hombres más importantes y los sucesos de su vida, lo ignoran todo ó no han querido decírnoslo.

Entre las mujeres notables sólo hemos encontrado en los informes del Padre Fray Antonio de Xeres, Prefecto que fué de aquellas misiones, referencias de la india María Josefa Mavideo, hija de Uaicaua, á fines del siglo XVIII. En el siglo XIX hemos sabido de Rosa Layo, fundadora de pueblos, y actualmente vive

Juana Josefa Camico, mujer que con rara habilidad habla el castellano como casi todos los dialectos indígenas del Atabapo, Casiquiare y Uainía-Rionegro. Pertenece á los banibas y es muy inteligente y de mucho influjo entre los naturales. Juana Josefa, tiene, no obstante, muy marcado el prognatismo superior de razas primitivas, en las que, como han dicho algunos, la inteligencia no estaba desarrollada. Nosotros la conocimos en Sancarlos de Rionegro, y experimentamos placer al encontrar en tan remotos lugares, aborígenes que se expresaran correctamente como las Camicos, entre quienes, Julia Rita, es una de las más lindas mujeres que tratamos en toda aquella región.

Salvo uno que otro hecho relacionado con los misioneros de á principios del siglo XIX, no guardan en sus recuerdos la historia de sus antepasados ni aún trasmitida: allí todas las tradiciones cuasi se han perdido.

Y como de misioneros hemos hablado, se verá en el capítulo siguiente los desastrosos resultados obtenidos bajo su dominio.

CAPITULO XI

Misioneros—Su conducta y resultados—Despotismo—Suspicacia—Inconvenientes—Sacerdotes extrangeros—Sacerdotes nacionales—Misiones en 1842 y 1854—Inmoralidad—Pretermisión de la Ley de Patronato—Consideraciones—Iglesias.

Después de la expedición de Iturriaga y de Solano, todas las misiones del alto Orinoco y Rionegro, fueron sometidas en 1768 á la autoridad del Gobernador de Guayana, según la real cédula de 5 de mayo de ese año. Para 1800 había en estas últimas, según Humboldt, ocho ó diez capuchinos, "quienes abandonaron el país por los años 1821 á 1822." (*)

(*) Los capuchinos del alto Orinoco y Rionegro se fueron á principios de 1818, después de la llegada del capitán Cuevas á esas regiones librándolas de su influjo. En una nota de aquel capitán, fechada al siguiente año, se lee: "Es de la necesidad que U. S. mande un sacerdote para que bautize y case á tantos infelices que carecen de esta caridad. De tal suerte, mi general, que las expresiones subversivas del reo criminal José Benito López, José María Suárez y Cordero..... son las siguientes: "Us. no conocen como antes tenían pasto espiritual de misa, bautismo, casamientos y entierros. ¿Qué beneficios disfrutan Udes. de la Patria, cerrados los templos como están desde que se llevaron á los padres para matarlos? No es nada esto sino que ahora vendrán en solicitud de extraer los indios varones para pagar á los ingleses los fusiles, pólvora, vestidos, etc."

El Gobierno de la República mandó al Pbro. Clemente Pérez en 1819, pero éste falleció en agosto de ese mismo año.—NOTA DEL AUTOR.

Ninguno de éllos dió resultados satisfactorios, por el contrario, ejercieron una influencia despótica sobre los aborígenes, y casi podemos aplicarles lo que con referencia á otros trae el historiador español Navarrete: "Pues en efecto, así que lograron fundar vastos establecimientos libres ya de afanes y peligros, se dieron unos á la vida mundana buscando riquezas y placeres; otros, menos activos y enérgicos, vivieron en la holganza y la pobreza; y todos éllos descuidándose en la instrucción de los neófitos y sometiéndolos á un régimen estrictamente monacal, abusaron de su simpleza para oprimirlos y aún para embrutecerlos. Habiéndoles sido prohibido exigir nada de los indios por la administración de los sacramentos ni por ningún otro acto eclesiástico, eludieron éste benéfico mandato con la venta usuraria de rosarios, imágenes y escapularios, lo cual repetida muchas veces al año, llegó á ser una especulación de importancia. Destruidas las encomiendas por real cédula de 1678, mandó la ley que nadie defraudase á los indios en el precio de su trabajo; y hubo misioneros que emplearon su influencia en obtener de éllos fatigas gratuitas y superiores á

sus fuerzas. Los capuchinos aragoneses de Guayana, más violentos y despiadados que el resto, no sólo emplearon estos medios indignos, sino que en los últimos tiempos renegaron de su ministerio pacífico y se dieron á saltear indios de los montes, para llevarlos á las poblaciones so pretesto de reducirlos á la vida social. En muchas ocasiones no apresaban sino á los niños, las mujeres y los ancianos, á los cuales retenían para atraer por medio de éllos á la parcialidad á que pertenecían. Lográbanlo una vez que otra; mas con frecuencia los indios, por no someterse á la disciplina de los misioneros, dejaban en mano de los religiosos las prendas de su cariño, y vueltos fieras con el dolor y el deseo de la venganza, hacían guerra atroz á los establecimientos monásticos, sin perdonar á los indígenas convertidos. Por eso no era raro ver llegar á la capital de la Provincia, diputaciones de indios, pidiendo justicia á las autoridades civiles contra los padres misioneros; y á éstos acusados ante la audiencia de excesos verdaderamente graves. Por eso, en fin, las Cortes Españolas decretaron que se entregasen las misiones de Guayana al Ordinario eclesiástico, en vir-

tud *de los males que sufrían los habitantes, así en lo moral como en lo político.*"

Y en cuanto á los resultados obtenidos con el establecimiento de misiones en el Atabapo, alto Orinoco y Rionegro, podemos decir con Humboldt:

"Nada dejaron; ni una fábrica, ni un establecimiento útil, ni siquiera una institución que dé á conocer en aquel Gobierno un deseo de mejorar el estado y condición de los gobernados. No parece sino que, juzgándose de tránsito por aquella tierra, se abstuvieron deliberadamente de plantar en ella monumentos duraderos. Los indios habían perdido el natural vigor y vivacidad de carácter que en todos los estados del hombre es el noble fruto de la independencia: que á fuerza de someter á reglas invariables hasta las menores acciones de su vida doméstica, se les había hecho estúpidos ....."

"Tales han sido los efectos de aquel sistema, que los indios han quedado en una situación poco diferente de la que tenían cuando sus habitaciones no estaban todavía reunidas en torno de las del misioro." [Página 5, tomo II.]

"Si en lugar de frailes de aquellas regiones hubiera habido una sociedad em-

prendedora, con los medios que éllos tenían, estarían en el día aquellos lugares bajo otro pié." [*Viaje á las regiones equinociales del nuevo Continente.*]

En nota del capitán Cuevas fechada en Sanfernando de Atabapo á 14 de enero de 1820 y llegada á la Dirección de Rentas Nacionales, se lée:

"..... los indios sólamente sufrían el despotismo frailesco, estando sujetos á la arbitrariedad de los ministros de sus respectivas misiones: estos tetrarcas los consideraban como seres destinados por el cielo para contribuir á su felicidad temporal y los ocupaban por turnos en el servicio de sus personas, familias y negocios, por lo que no está en su noticia otra contribución que la de su sexo personal, etc."

Y en 12 de octubre de 1836, escribía el Jefe Político del Cantón Rionegro al Gobernador de Guayana:

"..... decir que los referidos frailes se dedicaron á enseñar buenas costumbres, ni lo más preciso de la religión de Jesucristo, no puedo decir tal cosa, porque lo dudo y sería faltar á la verdad; pero al menos si algo hubieran hecho en tiempo de su administración, algunos prestigios

hubiera de éllos; por el contrario, se deja ver que la mayor parte de estos indígenas son infieles y los que son cristianos no saben ni conocen el rezo ni aún persignarse. Si digo también que los dichos reverendos frailes se dedicaron á fomentar las poblaciones, faltaré á la verdad, pues nada, nada existe, ni ha existido nada más que la ignorancia y el estado de salvaje, etc."

De la Memoria oficial del naturalista Pedro Joaquín Ayres, en 1845, tomamos, referente á los misioneros: "Yo mismo en los principios deseaba ardientemente su llegada, esperando una eficaz cooperación de su parte. Pero el resultado probó que los pocos que fueron al Distrito [Rionegro] no eran aparentes para el fin propuesto, por su profunda ignorancia y su ineptitud para comprender y practicar el sistema. Asi es que lejos de ayudar, perjudicaron y atrasaron la reducción."

Miguel Tejera, treinta años más tarde, en su obra *Venezuela Pintoresca*, tomó I, páginas 61 y 62, dice de los misioneros: "Pero estos hombres á quienes hemos visto comenzar piadosa y caritativamente la obra de la colonización, degeneraron luego hasta el punto de ser émulos de los

más crueles conquistadores. Olvidando su deber y posponiendo á la codicia todo sentimiento generoso, diéronse á punibles especulaciones, con que han manchado su memoria y deshonrado su ministerio."

Qué diferencia tan grande entre la conducta de estos frailes y la de algunos de los religiosos del siglo XVI!

Véase cómo se expresa el ya indicado Navarrete:

"Muy injusto sería negar á los primeros misioneros, la prez que merece su celo por la reducción de los indígenas; celo á los principios tan noble y puro como la fuente en que tuvo su origen. Empeñados voluntariamente en la predicación unos hombres que ignoraban la lengua de los gentiles, que desconocían el país, que se introducían en él, ó cuando hervía la guerra ó cuando había ésta sembrado por doquiera odios de muerte, cumplieron su misión con un valor y una constancia, que hace recordar, en ocasiones, al apostolado primitivo. Pero no bien hubo cesado el peligro, con la perfecta sumisión de los indígenas, cuando el misionero que había aparecido tan grande y heróico al tratar de abrir un camino al Evangelio, se mostró pequeño y común al

tiempo de asegurar su victoria. Pilotos que velaban y trabajaban en la tempestad, ociaron y se durmieron en la bonanza, encallando por su descuido la nave que debió llegar salva á buen puerto."

Verdaderamente, muchísimo resalta el espíritu divino que alentó á algunos de los conquistadores evangélicos de los primeros lustros, y aún más si se le compara también con el que animó á los aventureros de la conquista por el hierro y por el fuego. Aquéllos [Bartolomé de las Casas y uno que otro más] soportaron tesoneramente todo género de contrariedades y pesadumbres; en cambio, éstos cometieron todo linaje de horrores é infamias.

Sojuzgada con inaudita crueldad la infortunada raza india, se cebaron en ella llenos de mezquindad, de avaricia y de lujuria; y, con ferocidad que espanta, se ensañaron contra cuatro de las principales naciones del nuevo continente: los incas, los aztecas, los chibchas y los caribes; ó mejor dicho, donde quiera que encontraron valor é inteligencia, riqueza y dignidad y amor á la independencia y al terruño.

No parece sino que casi todos se emularon en protervia para señalar su presencia en el mundo descubierto por Colom-

bo. Pero los actos de carnicería cometidos en Venezuela revistieron caracteres más terribles que en ninguna otra parte, porque fueron sus aborígenes los que más lucharon por no ser sometidos, llegándose hasta el caso de que Monarcas españoles, por cédulas de agosto de 1503 y noviembre de 1511, autorizaran la infamia de hacerlos esclavos, so pretexto de que eran antropófagos y de que resistían someterse al yugo de la religión romana.

Y no sólo eso, sino que también la misma Monarquía, por cédula de 4 de febrero de 1504, había entrado en la horrorosa trata, adjudicándose la quinta parte de los indios que se salteasen!.....

Y cómo serían los crímenes, cuales los atropellos y cuántas las infamias, cuando hasta necesidad hubo de que el Papa Paulo III, declarase en bula de 2 de junio de 1537, que los indios tenían alma y que eran tan humanos como los europeos!.....

En verdad que no pueden leerse las páginas de la historia de la Conquista, sin que brote indignado un grito de horror y de protesta contra el cúmulo de atrocidades cometido por aquellos seres que trajeron en maridaje horrible la tea del

incendio y la cruz, que de símbolo de humildad y tolerancia se convirtió en arma de combate y de degüello, pues por donde quiera se ve que en la tierra americana "pasó como un huracán la Conquista, devastándolo todo, ciudades, archivos, manufacturas y sementeras, dispersando los huesos y aniquilando las tradiciones de los míseros indios." (*)

"Esta ola creciente de maldades, este comercio infame que jamás quedaba satisfecho, este asesinato constante de pueblos indefensos que tenían que desaparecer como habían desaparecido los de la Española y los de Puerto Rico; este hacinamiento de víctimas, las víctimas del látigo, de la esclavitud, del hambre, del insomnio, no podía llenar todavía los antros profundos de la más despiadada codicia. ¿Qué faltaba para concluir el horrendo cuadro, después de desaparecer los ostiales y los pobladores de la costa venezolana y de las islas, y después que el último de los indígenas fuera testigo de la honra arrancada á sus hermanas (**) y de ha-

(*) Felipe Pérez. "Geografía General de Colombia." 1863.

(**) Véase al milanés Girolamo Benzoni en su "Historia del Mundo Nuevo."—NOTAS DEL AUTOR.

ber presenciado la muerte horrorosa de sus progenitores? Faltaban el huracán que arrasara con toda aquella civilización infame y el terremoto que lanzara á los aires los cimientos de piedra amasados con el sudor y la sangre indígena" [*Orígenes Venezolanos*, por Arístides Rojas, pág. 30.]

Pero apartemos el pensamiento de esos dolorosos recuerdos de la conquista, que ya la historia los tiene sevéramente juzgados y continuemos nuestros apuntes.

***

El Gobierno de la naciente República, por Decreto de 14 de diciembre de 1819, expulsó del país á los capuchinos que, adictos á la corona de España, quedaran en el territorio ocupado por las armas de los patriotas, y, como hemos dicho, ya había enviado para las misiones de Rionegro al Padre Pérez.

Después de muerto este sacerdote, el Gobierno suplió la falta con el Pbro. Mateo Manzaneda, quien le tocó, ya en Atabapo, decir la misa y cantar el *Te-Deum*, —cuando la promulgación allí de la Constitución de la Gran República— el 18 de julio de 1822.

En 1824 llegó por la vía del Brasil el Padre José Piazi, italiano, que venía recogiendo limosnas para la reconstrucción de su iglesia en el Ducado de Palma. Ya en Sanfernando, fué victimado en la noche del 18 de setiembre de ese año, diz que para robarle, resultando luego enjuiciados el Juez político José Antonio Franco, Diego Franco y José María Aquino.

El asesinato de este fraile italiano produjo un ruidoso proceso criminal que duró doce años.

En febrero de 1831, llegó Fray Simplicio Mateus y regresó en abril del mismo año. Era cura de Caicara.

A principios de 1836 vino el Rvdo. Padre Claudio García, quien no quiso bautizar ni casar á los indios porque no sabían rezar. Pertenecía, como el anterior, al curato de Caicara y se fugó en ese mismo año. Era hombre que portaba trabuco y puñal, porque, decía que "en Rionegro asesinan hasta á los sacerdotes," aludiendo, sin duda, á la muerte del fraile Piazi.

Para el año de 1831 ya se habían extinguido totalmente las misiones servidas por religiosos de la península en todo el territorio de Venezuela; pero el Gobierno utilizó más tarde el mismo servicio de otros

misioneros españoles. Y en consecuencia los primeros religiosos que llegaron á aquellas regiones, á contar desde 1840, fueron:

Fray Blas Caballero, quien sólo se concretó á hacer algunos bautizos y se ausentó á poco para no volver.

En 1842, Fray José María de Mondragón y Fray Joaquín de Valls. Este no quiso jurar la Constitución venezolana.

En 1843, Fray Manuel María de Aguilar, Fray Miguel Antonio Clava de Valdepeñas y Fray Tiburcio de Salamanca, quienes, junto con los Padres Mondragón y Joaquín de Valls, se fugaron al siguiente año, abandonando sus respectivas misiones.

Para el 30 de junio de 1842, según el cuadro de la Dirección y Reducción de indígenas, había en el Distrito Rionegro, 6 circuitos con 41 misiones, así:

1*r*. *Circuito.* Sancarlos, Sanfelipe, Solano, Buenavista, Tiriquín, Sanmiguel, Tomo, Tomo nuevo, Aquio, Maroa, Sanantonio, Tabaquén y Uaribén ó Tigre.

2º *id.* Santaisabel, Santacruz, Quirabuena, Dorotomoni, Mauaca, Castaño y Mazapire.

3*r*. *id.* Sanfernando de Atabapo, Chamochina, Baltazar, Uasacame y Yabita.

4º *id.* Sabana, Guacamayo y Sanjoaquín.

5º *id.* Maipures, Vichada, Cuao, Capuana, Arecucu, Sicuata, Guayabal, Atures, Paros, Payaraima y Cataniapo.

6º *id.* Santabárbara, Trapiche viejo, Esmeralda y Síquita.

En 1844 vino el Padre Fray Manuel Alcaine.

En 1846 Fray Fidel de Vidrá y Fray José Antonio de Figuera. El primero renunció en 1847 y el segundo regresó á Caicara, de la cual era cura párroco.

Todos eran españoles.

Un nuevo error sufrió el Gobierno con el sostemiento de aquellos misioneros, pues nada hicieron por el adelanto de los indios. Por varias causas, ninguno correspondió á los esfuerzos del Gobierno; y hasta hoy es un hecho irrefutable que mejores resultados se han alcanzado bajo el imperio de las instituciones políticas que rigen el país.

Véase si no: para el año de 1854, según informe del "Comisario del Distrito Rionegro," había los siguientes puntos ya poblados:

Sobre el río Orinoco y caños afluentes: Atures, Maipures, Anabeni Guayabal, La-

medero, Sanariapo, Laguna, Uaipe, Zama [Santaclara,] Capuana, Márana, Vichada, Cuao, Garzita, Nericaua, Santabárbara y Esmeralda, y algunos caseríos en el Padamo, Yuapo, Uabina, y otros.

Sobre el río Atabapo: Sanfernando, Chamuchina, Baltazar, Santacruz de Uasacame y Yabita.

Sobre el río Uaviare: Los caseríos de La Sabana y otros de poca consideración.

Sobre el Inírida: Sanjoaquín, Sanjuán y otros.

Sobre el caño Bocón: Varios caseríos.

Sobre el Pimichín: El pueblo de su nombre.

Sobre el Uainía ó Negro: Tigre, Tabaquén, Victorino, Maroa, Tomo, Sanmiguel, Tiriquín, Sancarlos, Sanfelipe y los caseríos de Curiamare, Muyame, Apiare, Santodomingo de Tomo, Cauapuni y otros.

Sobre el Casiquiare: Solano, Buenavista, Santacruz, Quirabuena, Ponciano, Monagas, Sampedro de Mauaca, Siapa y Castaño.

Sobre los caños Yátua y Yáchibo: Sancustodio, Sanrafael y Santaisabel.

Sobre el río Cunucunuma: Sanramón,

Sanjosé, y caseríos de Cararame, Cabarime y Aurifacha;

y multitud de rancherías sobre los ríos y caños Ventuari, Sipapo, Cunabiche, Quéname, Purunamc, Uaname, etc., etc.

En 1855 proponía un Mayor de artillería brasilero, "como eficaz remedio para atraer á los indios," se estableciese un misionero en cada población. Poco más ó menos eso mismo aconseja Garcés á su Gobierno en su obra *Un viaje á Venezuela*, 35 años después, y más tarde, en 1900, lo ratifica siendo Ingeniero jefe de la Comisión Colombiana de límites con Venezuela, en el informe á que nos referimos en el capítulo III. Michelena y Rojas, en la página 399 de su *Exploración Oficial*, se expresa á ese respecto en los términos siguientes: "Muy buena me parece la idea, y mucho más si fuese acompañada de otros medios más materiales, pero cuyos efectos sean palpables al instante; tales como la remuneración suficiente del trabajo, proveerlos de herramientas, vestirlos y aún construirles sus habitaciones. Sin estos requisitos, los curas por sí solos no bastan, nada pueden hacer; y además, si aquellos párrocos han de ser como el único que encontré en todo el Rionegro,

[1855,] sería mucho mejor que jamás pensasen en enviárseles, porque entonces lejos de servir de modelos de buenas costumbres y de protectores de sus feligreses, irían más bien á escandalizarlos y á oprimirlos en lo que el hombre tiene de más caro: su mujer y sus hijos. El reverendo Padre viajaba por el río como vicario general de todo él, con una hermosa mujer, no india, que en Barcelos se la había quitado á su marido. A ambos los conocí en Sangabriel, y supe también la aventura. Al mismo tiempo que viajaba maritalmente, hacía el comercio. Dígaseme ahora, pues, si pastores como éstos, que se convierten en lobos, podrían cuidar á sus ovejas."

Ese vicario nos hace recordar al misionero que nos tocó tratar en aquellas regiones. Era español y viajaba también con una *su sobrina.* Hombre de armas tomar y amigo de Birján y del hijo de Semeles, muy pronto se hizo perder el respeto.

***

La Ley de Patronato vigente prohibe que los sacerdotes extrangeros puedan ejercer curatos, etc., si no se nacionalizan

antes. Sinembargo, por todas partes vemos que van invadiendo el territorio de la Patria, desempeñando funciones eclesiásticas y lo que es peor, hasta con perjuicio del clero venezolano.

Recordamos que en 1900 vinieron de Trinidad á Ciudad Bolívar 5 ó 7 capuchinos, los cuales, así como otra partida llegada anteriormente, fueron utilizados en el Obispado de Guayana, enviándoseles á varias parroquias ó curatos de la Diócesis. Al siguiente año llegaron á la misma ciudad procedente de Colombia una colección de trece más, quienes venían al decir de éllos, huyendo á la revolución de ese país [1899-1902.] Por fortuna, siguieron á poco para Trinidad despachados por el Gobierno local. Y así, paulatinamente, en el resto de la República, lleno hoy de sacerdotes extranjeros; y lo peor de todo es que la mayor parte de esos religiosos, singularmente los españoles, que vienen huyendo al menor relámpago de libertad, se consideran —ya en el país— como desligados de obediencia á las leyes de la República, y en algunos casos las pretermiten, debido por una parte á que con éllos no se cumple lo dispuesto por el artículo 39 de la Ley de Patronato, que dice:

"Todo beneficio eclesiástico, arzobispado, obispado, dignidad, prebenda, curato, sacristía y cualquiera otros de cualquier naturaleza ó clase que sean, deberán proveerse precisamente en naturales de Colombia, ó en nacionalizados en la República conforme á las leyes; pero la calidad de naturales será necesaria é indispensable á los arzobispos y obispos";

y por la otra, á la ignorancia de muchos magistrados que confunden lastimosamente los deberes oficiales de su autoridad —como si el ente Gobierno tuviera religión— con los simples deberes religiosos de su personalidad individual. Esto, amén de que algunos capuchinos llenos de juventud y de vigor, han dado al traste con el honor de algunos hogares.....

Tiempo es ya de que se penetren las Autoridades políticas de los deberes que les corresponden por la Ley de Patronato, ya indicada; y tanto más hoy cuanto que ya se ostentan en Venezuela cerca de mil templos católico-romanos y que por todas partes saltan á la vista las sotanas extrangeras.

.....

.....

.....

CAPITULO XII

Carreteras y otras vías de comunicación—Necesidades ingentes—Destrucción de los raudales—Caminos desconocidos—Inmensa red fluvial—Istmo de Tuamini—Informes estadísticos.

CAPITULO XIII

Gigantesca vía de comunicación fluvial interior de la América del Sur—Proyecto de Michelena y Rojas á mediados del siglo pasado—Congreso Pan-americano en 1901—Proyecto de Rafael Reyes, plagiando el de Michelena.

CAPITULO XIV

Raudales y rápidos—En el Orinoco, Casiquiare, Rionegro, Uaviare, Inírida, etc.—Sus nombres—Estudios hidrográficos del Dr. Muñoz Tébar—Excelente medio para destruir los raudales de Atures y Maipures—Zonas inexploradas.

CAPITULO XV

Ríos, caños, lagunas y ciénagas—Sus nombres y dimensiones—Nombres antiguos—Vapores que navegaban en las aguas de aquellos ríos—Distancias—Plagas—Errores de Mr. Lyonel Garnier sobre el Casiquiare—Rectificaciones.

CAPITULO XVI

Orografía: picachos y alturas—Islas: en el Orinoco, Uaviare, Inírida, Atabapo, Uainía-Rionegro y Casiquiare—Sus nombres—Minas: oro, mercurio, etc.—Sus descubridores—Viaje y propósitos frustrados.

CAPITULO XVII

Agricultura—Heveas y otras plantas—Cosechas de goma elástica—Datos estadísticos—Descubrimiento de la hevea en Venezuela—Flora—Fertilidad de las tierras—Cría de ganado vacuno—Sus enemigos—Dificultades para fomentarse—Fauna.

CAPITULO XVIII

Comercio y otras industrias—Movimiento anual—Mañoco, caucho, etc.—Monopolios—Resultados negativos—Contratos y privilegios—Protestas—Datos estadísticos—Alerta á nuestros Gobiernos—Libertad de industrias.

CAPITULO XIX

Imprentas y periódicos—Necesidad de la prensa—Fucilazos—Leyendas—Curiosidades y monumentos—Coloración de las aguas—Piedras y Cerros pintados—Cementerios indios—Geroglíficos—Megalíticos—Instrumentos de piedra—Ruinas históricas.

CAPITULO XX

Cuestión de límites con Colombia—Acta de Caicara—Acta de Corona—Personal de las comisiones delineadoras—Pretensión colombiana—El Dr. Garcés—Coordenadas geográficas—Laudo Español—Sus deficiencias—Cerro Cucúi—Límites por el Sur—Documentos.

CAPITULO XXI

Viajeros en el siglo XIX—Rectificaciones á Humboldt, Codazzi, Boussingault, Estévanez, Felipe Pérez, Michelena, Tejera, Sánchez Bustamante, Garcés y Gorrochotegui—Descubrimiento del Casiquiare—Los misioneros negaban su existencia—Expedición española de Límites—Don José Solano—Otras expediciones—Don Manuel Centurión—Don Antonio Santos de la Puente—Otros viajeros.

CAPITULO XXII

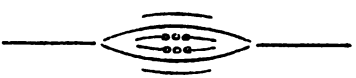
El viajero francés Chaffanjon—Sus incursiones por el Orinoco—Exageraciones, errores y aventuras novelescas—Rectificaciones—Pretendido descubrimiento del nacimiento del Orinoco—Prurito extranjero—Misión no cumplida.

CAPITULO XXIII

Apéndice—Documentos del siglo XVIII: Real Cédula nombrando los Comisarios de la expedición de Límites—Relación de Diez de la Fuente—Relación de Don José Solano.

ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe leerse
11	18	envenaron	envenenaron.
30	22	hembras	hombres.
55	22	auge poderío	auge y poderío.
75	13	haciendo	haciéndose.
107	19	estranjeros	extranjeros.
116	23	Mandauca	Mandauaca.
52	24	Será lo que	Será la que
123	28	Nellocinio	Nellocino



OBRAS DE TAVERA-ACOSTA

Publicadas:

Notas—Estudio Crítico—Antología Venezolana.

Amazonas—Memoria de 1900-1901.

Impresiones y Recuerdos—Poesías.

Apuntes para la Historia—Revolución de 1902-1903.

El Caucho en Venezuela.

Anales de Guayana—1r. volumen.

Por publicar:

Rionegro—Viajes, observaciones, historia, etc.

Lo Histórico—Sucesos de la Guerra Federal en el Oriente de Venezuela.

En el Sur—Dialectos indígenas.

Eróticas—Poesías.

Capitanes y Caciques de Venezuela.

Páginas dispersas—Poesías.

En preparación:

El Caucho en Venezuela—2ª edición.

De mi Cartera—Artículos literarios, políticos é históricos.

Anales de Guayana—2º volumen.

Efemérides Patrias.

This book is a preservation photocopy.
It was produced on Hammermill Laser Print natural white,
a 60 # book weight acid-free archival paper
which meets the requirements of
ANSI/NISO Z39.48-1992 (permanence of paper)

Preservation photocopying and binding
by
Acme Bookbinding
Charlestown, Massachusetts
1995

3 2044 021 580 5